

CLAUDIA BERNAZZA

MÁS ALLÁ DE FINISTERRE

(Y OTROS TEXTOS)




Edulp

crónica

MÁS ALLÁ DE FINISTERRE
(Y OTROS TEXTOS)

MÁS ALLÁ DE FINISTERRE
(Y OTROS TEXTOS)

CLAUDIA BERNAZZA



Bernazza, Claudia

Más allá de Finisterre : y otros textos / Claudia Bernazza. - 1a ed. - La Plata : EDULP, 2020.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-8348-29-2

1. Crónica de Viajes. I. Título.

CDD A863

MÁS ALLÁ DE FINISTERRE

(Y OTROS TEXTOS)

CLAUDIA BERNAZZA



48 N° 551-599 4° Piso/ La Plata B1900AMX / Buenos Aires, Argentina

+54 221 44-7150

edulp.editorial@gmail.com

www.editorial.unlp.edu.ar

Edulp integra la Red de Editoriales de las Universidades Nacionales (REUN)

Primera edición, 2020

ISBN 978-987-8348-29-2

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723

© 2020 - Edulp

Toda historia es contemporánea.

Benedetto Croce

El marfil de la torre

En el año 1959, los Estados Unidos obtuvieron en América Latina 775 millones de dólares de beneficios por concepto de inversiones privadas, de los cuales reinvirtieron 200 y guardaron 575.

(De un acta oficial de la UNCTAD, Conferencia de Nueva Delhi, 1968)

Sin embargo

*El escritor latinoamericano
debe escribir tan sólo
lo que su vocación le dicte
sin entrar en cuestiones
que son de la exclusiva competencia
de los economistas.*

Julio Cortázar

ÚLTIMO ROUND

Este libro nació de un texto de Borges.

Este texto cita “cierta enciclopedia china” donde está escrito que “los animales se dividen en a] pertenecientes al Emperador, b] embalsamados, c] amaestrados, d] lechones, e] sirenas, f] fabulosos, g] perros sueltos, h] incluidos en esta clasificación, i] que se agitan como locos, j] los innumerables, k] dibujados con un pincel finísimo de pelo de camello, l] etcétera, m] que acaban de romper el jarrón, n] que de lejos parecen moscas”. En el asombro de esta taxinomia, lo que se ve de golpe, lo que, por medio del apólogo, se nos muestra como encanto exótico de otro pensamiento, es el límite del nuestro.

Michel Foucault

LAS PALABRAS Y LAS COSAS

Este libro nació de un texto de Foucault. Este texto cita una improbable taxinomia de Borges. En el asombro de esa clasificación, lo que se ve de golpe, lo que nos asombra, es la imposibilidad de clasificar nuestros días. El límite de nuestras palabras para recorrerlos. Las memorias deshilachadas, las biografías rotas, los días que aún no han sucedido, las horas que imaginamos o estamos escribiendo.

Claudia Bernazza

LAS PALABRAS Y LOS DÍAS



Más allá de Finisterre

*El pez abrió su boca gigantesca.
Trasasé su garganta y llegué a la orilla.*

Cuando el peregrino de los caminos de Santiago llega a Finisterre quema todo lo que puede ser quemado. Su ropa, sus pocos cachivaches. Una ceremonia contundente: deténgase aquí, este es el fin del camino y la sed. El ruido de las suelas sobre el pedregullo muere al borde del acantilado, y todo es un mirar la fogata muy cerca del abismo. El mar es una boca de pez abierta hasta el infinito (por eso no vemos el pez) escamoteando la escena de lo que ocurre más allá. El pez de boca gigantesca es el dueño de la nada y sus monstruos. Nos marca, por si quedara alguna duda, que nuestro lugar está junto al equipaje hecho cenizas. Todo ha sido caminado: solo somos dueños de regresar. Al volver, les diremos a nuestros conocidos que hemos visto el fin del mundo. Satisfechos, abriremos una lata de cerveza y la tomaremos con los ojos cerrados, la cabeza inclinada hacia atrás.

Pero resulta que alguien, una vez, nunca o siempre, llega a Finisterre y aprecia, con nitidez, la boca del pez. No sé si la ve o la sabe, pero entrecierra los ojos para dibujar lo que sucede más allá de la comisura babeante de mar. Busca como un enloquecido llegar a la playa bajo los acantilados y corre hacia las olas que se pegan a sus muslos como una pollera. Es posible que la boca del pez lo trague pero también es posible traspasarla. Cuando despierta de sus brazadas enloquecidas, el peregrino descubre la vastedad que lo espera. Ni sólida ni líquida, ni cóncava ni convexa. Una planicie desconocida para echarse a andar.

Cuando la recorre, dos mujeres vuelven sobre sus pasos, un panadero llora su desgracia, un chico salta de un tren en movimiento y otro sopla una cerbatana, una tía apunta con sus fotos viejas, un soldado estalla en mil pedazos. Se escuchan tambores, galopes desenfrenados, campanas. Son los waimiri o siete tribus bajando de los Urales. Territorio desconocido el de la propia memoria. Ningún hilo de Ariadna resulta suficiente.

Las historias que me conmueven sucedieron más allá de la boca del pez.

Los protagonistas se lanzaron al mar o al río de sus vidas sin instrucciones, sin atrás ni adelante, sin antes ni después. A punto de arrepentirse, llegaron a donde no iban. Esta es la historia de lo que encontraron y tuvieron que nombrar, porque no existía antes que ellos ni podría existir después. Este es el testimonio de lo que los esperaba desde siempre, de cómo conquistaron y habitaron el lugar que se les hizo imprescindible.

O quizás esta sea la historia de una peregrina en particular.

Pasajera sin pasaportes ni ventajas, volví del pez trayendo el sobrenombre con el que sería recordada.



Acerca de este libro

Una versión para navegar

Las pantallas. Ya no recuerdo cómo era vivir sin ellas. Un lenguaje binario y el Gran Mago saca de su galera imágenes, videos, publicidades, mundos. El capitalismo y sus detractores. Las fiestas a bordo de un crucero. Recetas de cocina. Las desgracias de nuestras mascotas. Un pibe durmiendo en la calle, envuelto en nuestra bandera. Las guerras.

El celular me acompaña al punto de la adicción. Quiero encontrarlos en ese viaje de pantallas, pactar una cita. No me gusta recorrer sola los fotogramas de un abrazo que esperé ochenta años. No puedo estar allí, parada, viendo ordeñar a Natasha, sin nadie con quien hablar. Necesito que sostengan conmigo una taza escarchada. Los necesito también frente al murallón de Punta Lara, cuando las olas lo sobrepasan. En cada esquina de la memoria, voy a suplicarles, casi de rodillas, que se queden conmigo. En este rincón nos allanan, más allá nos fusilan, en aquel cañaveral nos entierran vivos.

Quiero este libro brille en sus desvelos. Para ensanchar el instante.
Para gritar el amor sobre las ruinas.¹

Libro digital

Los viejos amigos, amantes del renglón y de los márgenes, podemos elegir un viaje más sereno. Cables ópticos y satélites trafican, también, hojas ordenadas. Páginas precisas, con portada, prólogo y final. A los hijos e hijas de Gutenberg nos gustan las pantallas que se parecen a su invención.

Versión impresa

Sin fecha cierta de publicación. En un día futuro e improbable, mi amiga Teresa Reca lo tendrá en sus manos y lo convertirá en libro.

Un libro para que penetre en la nariz el aroma inconfundible del papel. Un libro para hojearlo, ojearlo, espiar el final. La birome, hundiendo la celulosa con su trazo, señalando una novedad. Un libro para guardar en un estante, para mostrar como trofeo, para prestar, aunque sepamos que nadie los regresa. Un libro con marcas de tinta y guillotina.

Estas historias, la mayoría de ellas, sucedieron en los años de la linotipia y el papel. Dentro de muy poco, ese linaje será olvido.

¹ Los textos de *Más allá de Finisterre* fueron publicados en el año 2019 para su navegación web bajo el título *Las palabras y los días*. Este formato está disponible en la página de la autora (www.claudiabernazza.com.ar).

Blog

Este libro, en su prehistoria, fue blog. Allí viven las palabras tal como fueron dichas por primera vez. También las que fueron descartadas, incómodas hebras sueltas.

Estamos rodeados de blogs que ya nadie usa, ruinas del mundo virtual, sitios de la arqueología que recorreremos en el siglo XXX. El blog *Recetas y política* los espera. La soledad lo está matando.

Youtube

Una máquina de escribir. Un tablero de ajedrez. Las fotos del abrazo. Un acordeón a punto de llorar. Estos cuentos se contaron, alguna vez, en videos caseros. Ganas de archivar un siglo que se escurre entre los dedos.

En mi canal ganan, por goleada, los mundos adolescentes. Estos videos no ejercen ninguna influencia, pero resisten.

Versión escrita con un pincel finísimo de pelo de camello

Hicimos un solo ejemplar, para Borges. Algún día llegará a sus manos.

La Plata, marzo de 2020



Quando viajé al encuentro de la familia perdida en una bruma de recuerdos, paramos en una estación de servicio en la frontera entre Eslovaquia y Ucrania. Allí fotografié las ondulaciones nevadas, los abedules. Entonces la vi. Era la anunciación de las mujeres que estaba a punto de conocer. Era Lena, cuando aún no tenía rostro. Le pedí permiso para retratarla. En aquella hora extraña, estaba naciendo este libro.

Índice

| | |
|-----------------------------------|----|
| LLANURAY RÍO | 16 |
| La ciudad perfecta | 17 |
| El fusilado que vive..... | 18 |
| La noche de la reina..... | 26 |
| Esta ciudad..... | 41 |
| | |
| Conurbanos | 43 |
| El polvo de las tizas..... | 44 |
| Lisboa..... | 47 |
| Réquiem para Olga..... | 51 |
| | |
| Sudestada | 53 |
| Elogio de la sudestada..... | 54 |
| Colonia de Sacramento..... | 61 |
| | |
| MONTAÑA Y MAR | 64 |
| Azúcar..... | 65 |
| Vírgenes y cerbatanas..... | 70 |
| Loving..... | 80 |
| Una playa en Cuba..... | 81 |
| | |
| ESTE | 83 |
| Hungría..... | 84 |
| Enamorarse en Praga..... | 87 |
| | |
| Ucrania | 89 |
| Ucrania..... | 90 |
| Lena junto a una silla vacía..... | 95 |

| | |
|--------------------------------------|-----|
| El último viaje..... | 109 |
| Los Haduviak..... | 110 |
| Receta para un postre ucraniano..... | 113 |
| Canción de amor y despedida..... | 118 |

MAÑANA119

| | |
|--------------|-----|
| Siempre..... | 120 |
|--------------|-----|

| | |
|--------------|-----|
| Soldado..... | 121 |
|--------------|-----|

| | |
|------------------------------|-----|
| Las palabras y los días..... | 124 |
|------------------------------|-----|

| | |
|------------------------|-----|
| Peces y humedades..... | 134 |
|------------------------|-----|

| | |
|------------|-----|
| Dunne..... | 135 |
|------------|-----|

Libros de la travesía.....136

DIARIO DE UN LIBRO WEB.....144

Llanura y río

La ciudad perfecta



El fusilado que vive²

*Las bombas y las balas silbaban en el horizonte.
Yo alcanzaba a ver cómo se freían los buñuelos.*

Decir peronismo fantástico es redundante, como lo sería decir agua húmeda o fuego caliente. La verdad número veintiuno [...] debería ser la siguiente: el peronismo es fantástico... o no es nada.

Marcelo Figueras

DEL PERONISMO COMO RAMA DE LA LITERATURA FANTÁSTICA

*Una noche asfixiante de verano,
frente a un vaso de cerveza, un hombre me dice:
—Hay un fusilado que vive.
No sé qué es lo que consigue atraerme en esa historia difusa,
lejana, erizada de improbabilidades.
No sé por qué pido hablar con ese hombre,
por qué estoy hablando con Juan Carlos Livraga.*

Rodolfo Walsh

OPERACIÓN MASACRE

2 Una primera versión de este relato se publicó en la revista Mestiza, de la Universidad Nacional Arturo Jauretche: "Huellas platenses del fusilado que vive".



Salíamos del Normal 1 y nos íbamos para su casa, casi corriendo. Sandra vivía muy cerca, cruzando Plaza Moreno. Era una casona vieja, de techos altos, oscura. Atravesábamos el pasillo riéndonos porque sí, porque éramos libres. Nos sacábamos los guardapolvos y trepábamos a las sillas del comedor para alcanzar la mesa. Su mamá nos recibía maquillada, no usaba chinelas ni delantal. Tiempo después supe que se llamaba Mimí. Ella tocaba el piano o bailaba flamenco, las imágenes se vuelven difusas. Después llegaba el doctor Von Kotsch. En la casa le decían Lolo. Mi papá es abogado, me decía Sandra. Yo sabía que los abogados no andaban en bicicleta ni hacían mandados.

El papá de Sandra traía un portafolio negro cargado de papeles escritos a máquina. Cuando entraba, nos despeinaba o hacía algún chiste sobre Gimnasia. En su escritorio, ubicado detrás de una puerta que daba al pasillo y alcanzaba a verse desde donde estábamos, había talonarios, gomas elásticas y un extraño aparato que hamacaba papel secante sobre hojas recién escritas. A veces lo traíamos a nuestra mesa y lo usábamos sobre los cuadernos. Recuerdo las tapas forradas en papel araña, la regla de madera, la goma de borrar con sus banderas cruzadas, los cartuchos de tinta azul de las lapiceras Parker. Mi dedo mayor todavía es azul.

Cuando llegaba, Lolo von Kotsch besaba a Mimí con un movimiento ondulado que me incomodaba y me hacía cruzar las piernas.

Después se encerraba con la gente que lo venía a ver. Recuerdo a un señor que hacía girar una gorra en sus manos mientras lo esperaba.

Al anoecer, venían a buscarme. Mi papá fue soldado, le contaba a Sandra. Mi mamá es ucraniana. En el asiento de atrás del Fiat 1100 me acompañaban las novedades de mi hermana, sus figuritas y su suerte envidiable, la voz de Radio Colonia. Casi siempre llegábamos dormidas a nuestro barrio en la circunvalación. Mi casa tenía una verja blanca que yo abría para que papá estacionara el Fiat sobre dos hileras de baldosas de cemento. Un mal movimiento y el barro ametrallaba sin piedad camisas y guardapolvos. La plancha y el almidón Colman librando esa guerra cada día. Adentro nos esperaba un aroma a eucaliptus sobre la estufa, mi mamá discutiendo con mi abuela por teléfono, en ruso o en ucraniano. Quizás en polaco, nunca supe bien. Después se servía la sopa y el puchero. Mi memoria aún retiene las fuentes de loza, el mantel bordado, las servilletas con nuestras iniciales. Todavía oigo al soldado hablando del puerto y de una mujer que cumplía años el día del bombardeo.



Yo sabía que algún día me iría de La Plata. Viajaría a una vida que no lograba recortar en el desorden de mis ideas. Nunca pude descifrar el final del viaje. Cuando por fin salteaba ese espacio en blanco, me veía descansando en un bosque o una pradera, frente a una brisa triunfal y definitiva. El cine me prestaba la música de la escena. Yo andaba en bicicleta sin rueditas, conocía ese viento en la cara.

Una mañana, en la cola de la panadería, vi a Onganía a través de la cortina de hule que separaba el despacho del comedor de la familia. Vi también su uniforme, su carroza en blanco y negro. Cuando el pan terminó de caer en mi bolsa, dejé mis monedas y me fui.

Una tarde, Mimí la filmó a Sandra arriando la bandera del patio de la escuela. Se escuchaba, a lo lejos, la banda del Regimiento 7. Nunca había visto una filmadora. Ese día vinieron sus hermanos, Eric y Gustavo. Yo no sabía qué decirles cuando me saludaron. Yo no sabía lo que era un hermano. Tampoco sabía lo que era un varón.

Con Sandra nunca hablábamos de nuestros padres. Tampoco de generales, hermanos o filmadoras. Preferíamos dibujar o ganar figuritas. Después ella se mudó y nos vimos menos. Cuando me fui del Normal 1, la cruzaba algunas tardes en el centro. Teníamos poco de qué hablar.

Una noche, sentí una ráfaga de explosiones sordas, un silencio espeso, otra ráfaga. Me acordé de la casa de los Von Kotsch. De la gorra que giraba en las manos de aquel hombre asustado. Unos días después, en el Liceo, un pibe de quinto año me hizo señas para que me alejara, estaba escondido detrás del telón del escenario. Lo buscaban unos celadores y afuera estaba la policía. Cuando volví a clase, la profesora de inglés me mostró una pastilla de cianuro. Unos días después, unos soldados nos hicieron salir del cine de calle 8. Sandra pasaba con su novio por la vereda de enfrente. Me dio vergüenza no tener uno y no la saludé.

Hace unos días estuve con ella. Estamos viviendo otra vida, pero su voz es la misma. Hace tiempo que sé que Rodolfo Walsh escribió *Operación Masacre* gracias al padre de Sandra. El periodista agradece en el prólogo las gestiones del doctor Máximo von Kotsch, abogado de Juan Carlos Livraga, el fusilado al que traicionaron sus ojos. Livraga lo contó cientos de veces: sus párpados temblaron frente a la luz de los reflectores que sostenían sus cazadores. El tiro le destrozó la mandíbula, pero alcanzó a correr cuando los supo lejos. El desmayo sobrevino a pocas cuerdas, frente a una guardia policial. Lo metieron en cana para que se muriera de una vez.

Cuando Lolo von Kotsch entró aquel día en la cárcel de Olmos, le hablaron del desgraciado que no terminaba de morir. Lolo tenía amigos del lado oscuro, policías y guardias jóvenes como él que arruinaban el juego de sus jefes. Cuando entró a la celda y lo saludó, Livraga apenas podía gemir. Lolo le pidió al padre del moribundo el certificado de ingreso al policlínico de San Martín, donde fue llevado por la misma policía. Al otro día fue al juzgado con ese papel. Y Livraga vivió.

Muchas veces me pregunté si Livraga no sería el hombre que giraba su gorra en el pasillo de la casa de Sandra. Su exilio no tiene fechas conocidas. Traté de reconocerlo en las fotos y homenajes, pero el de las imágenes es un hombre bajo y prolijo, el de mis recuerdos está muerto de miedo.

Cuando nos reencontramos, Sandra me recibió en un comedor donde sobrepasábamos sin esfuerzo la altura de la mesa. Llegué a esa cita con algunas vidas encima. Ya sabía lo que era un abogado, una masacre, un hombre aterrorizado. Llegué siendo la hija del soldado que defendió a Perón en el puerto de Ensenada. Llegué sabiendo el nombre de la mujer que lo recibió en su casa cuando arreciaron las balas y las derrotas.

Nunca habíamos hablado de esos temas, o quizás no habíamos hablado de ningún tema. Corríamos, tomábamos la leche, sacábamos punta a nuestros lápices. Teníamos que atender una mancha de tinta, un juego de figuritas, las curvas y contracurvas de una ka o una

be mayúscula. Estábamos demasiado ocupadas. El pulso de nuestras manos, la taza de leche cayendo inesperadamente sobre el cuaderno. Lolo llegando, besando a Mimí. La historia se escribía en mí, en ella, en la casona de Plaza Moreno y en la casa de las afueras. Los sucesos estaban en nosotras, éramos nosotras, viviendo.

Lolo murió sin ceremonias, ajeno a su fama en Wikipedia. Me busqué en esa versión cientos de veces, nunca me encontré. El relato de Sandra de esta tarde me parece más fiel: se detiene en los detalles, en las nimiedades del héroe. Mi papá caminaba siempre al lado de Livraga para que no lo fusilaran, me cuenta. Lolo y Mimí recordaron muchas veces una cena en casa de los Livraga. Esa noche, el fusilado le regaló a su defensor una foto dedicada: *Gracias Doctor Por Mi Vida*. Después, Lolo lo ayudó a irse del país. Regimientos, basurales, soldados, puertos, aviones, balas, guerras, mujeres eslavas huyendo en tercera clase. Todo había pasado en mí, en ella, en nosotras. Sentí mi cuerpo surcado de renglones. La multitud recorriéndome, ocupando cada calle.

Hace unos años volví a verlo, me dice. Para llegar a Livraga, a Lolo salvando a Livraga, caminamos hacia atrás. Curvas y contracurvas. Su casamiento, los hijos, el cáncer inesperado de su marido, aquel novio de calle 8 dejándola sola, muriendo sin demasiadas razones. Pasamos junto al viaje familiar a Rusia en 1976 y llegamos hasta la cárcel que lo esperaba a Lolo ni bien puso un pie en la Argentina. Cuando pregunté por qué, el fusilado regresó a su vida. «Usted hizo caer a Aramburu y Rojas, mire si lo vamos a dejar suelto» fue la respuesta de la gente de Etchecolatz al doctor Máximo von Kotsch, abogado de Juan Carlos Livraga y Miguel Ángel Giunta, sobrevivientes de la masacre del basural.

Cuando viene al país, Livraga se queda en lo de mi hermano Eric, me cuenta Sandra. Livraga cree que Eric es mi papá y Eric cree que Livraga es nuestro viejo. Miran sus fotos y lloran, me dice Sandra y sonrío. Sandra elige la caligrafía de esta tarde. Sandra elige los deberes. Mi papá fue un gran tipo, me dice.

La miro y encuentro esa mirada enfocada, atenta, la misma que cuando cambiaba el cartucho de su lapicera Parker. A nuestras espaldas, un hombre hace girar nerviosamente su gorra. Antes de atenderlo, Lolo besa a Mimí. Alcanzo a verlos sobre mi hombro. El doctor Von Kotsch desaparece con él detrás de la puerta de su escritorio. Quizás sea Livraga, ya no importa. Me fui de La Plata. Viajé a otra vida. Veo, por fin, la escena que me había sido negada.



Rodolfo Walsh habló por primera vez con Juan Carlos Livraga, sobreviviente de los fusilamientos en los basurales de José León Suárez, en el estudio de su abogado, Máximo von Kotsch, en La Plata. Fue el 20 de diciembre de 1956. El doctor Von Kotsch pudo probar que su defendido estuvo con la policía gracias a la nota que una enfermera del policlínico donde fue atendido había entregado a su padre. El fusilamiento tuvo lugar el 9 de junio de 1956. Juan Carlos Livraga y Miguel Ángel Giunta, los sobrevivientes que incomodaban al poder, recuperaron su libertad el 17 de agosto de ese año. El doctor Von Kotsch no les cobró un centavo por sus gestiones. Ayudó a Livraga a regresar a su casa y, luego, a exiliarse. Máximo von

Kotsch falleció en 1997 y Mimí Arce, su esposa, en el año 2014. Sus hijos Gustavo, Eric y Sandra viven en La Plata. Durante los sucesos, Mimí esperaba a su segundo hijo, Eric von Kotsch, quien hoy mantiene una estrecha relación con Livraga, radicado en San Diego, California. Eric buscó a Livraga luego de la muerte de su padre. A través de cartas y largas visitas, reconstruyen al hombre más importante de sus vidas.

Un año antes, el 16 de setiembre de 1955, el puerto de Ensenada sufrió descargas de cañones y ametralladoras desde los buques de la Armada levantados contra el Gobierno del general Perón. El puerto fue defendido por los soldados del Regimiento 7 de Infantería de La Plata, quienes fueron asistidos por vecinos de la zona. Blanca, una mujer que cumplía años ese día, recibió en su casa a los conscriptos Ricardo Bernazza y Mario Ive. Mi papá, como gesto de agradecimiento, la visitó un año después llevándole una caja de bombones.

Veinte años antes, entre la Primera y la Segunda Guerra Mundial, más de cincuenta mil ucranianos con pasaporte polaco llegaron a la Argentina huyendo de las batallas entre el ejército alemán y el soviético. La mayoría se asentó en las provincias de Misiones y Chaco, mientras que un grupo recaló en Berisso, localidad que todavía integraba el distrito de La Plata.



La noche de la reina

*La noche,
la borrasca,
la humedad.*

Diecinueve de noviembre de 1982. La plaza colmada desde muy temprano. Funcionarios purgando agradecimientos, números musicales, medallas. Invitados recordando que nacieron aquí alguna vez. En los canteros centrales, cien velas de caño escuálido.

El día del Centenario de La Plata se desliza por carriles livianos. La multitud camina lentamente, busca bebidas al paso, manzanas acarameladas. Lejos de esa serenidad, bajo una carpa, maquilla sus últimos detalles una torta descomunal. Todos hablan de ella. Es un delirio tal vez irreplicable: un bizcochuelo gigante y cuadrículado que nos dibuja.

Vallas y policías almidonados nos parten en dos la curiosidad. Un hombre reparte gritos y afonías, urgido por los ornamentos nupciales de la Reina Pastel. En las entrañas de la torta recostada en tablones y

partida en pasillos, decenas de pasteleros preguntan al panadero en jefe cientos de detalles. Bajo la carpa que previó nuestras humedades, ellos decoran con su manga y él controla con su reloj la terquedad de los minutos. Nos acercamos un poco más, al fin la vemos. Blanca, lívida, atiborrada de mínimos palacios, dulce maqueta de la ciudad. Su dueño da indicaciones a los policías, a los pasteleros, a los pibes que quieren colarse por los huecos de las vallas. Aún no ha terminado de vestirla y es una impudicia lo que está sucediendo.

Se nota, apenas, algún desorden. El tiempo escurriéndose en cascadas violentas. Infiernos cruzados, miradas como cuchillos entre los encargados de ceremonial y la Asociación de Panaderos. Cómo imaginar que allí, en pocas horas, se formarán ordenadas filas ciudadanas. El panadero mayor se desentiende del naufragio y atrapa hormigas antes de trepen al tul de merengue: las deshace entre el índice y el pulgar. Y las hormigas. Calladas. Insistentes. Fanáticas buscadoras del dulce de leche. A ellas no les asusta la muerte súbita. Y vuelven a trepar.



Estuvieron presentes en la cena de gala el Secretario del Jockey Club, el Rector de la Universidad Nacional, el Fiscal de Estado, el Prosecretario del Jockey Club, el Director de Lotería de la Provincia, el Vicecónsul de España, el Director general de Hipódromos, el Cónsul de Francia, el Presidente de la Comisión Cultural y Científica del Jockey Club,

Un huracán se agolpa contra las vallas. La gente se enfervoriza frente al único show que quedó en la plaza al anoecer. Los números artísticos han pasado y la torta guarda una catástrofe inminente. Algo va a estallar junto a ella. Allí estamos Gabriela, mi hermana. Jorge, veterano de guerra recién estrenado. Yo. Ninguno ha cenado la noche anterior en la velada del Jockey Club, pero eso es un detalle sin importancia. Nos han prometido fuegos artificiales y torta regada con el champán que añejó la historia. Queremos probar. Brindar. Comer. Hemos esperado tanto. Y las hormigas. Ningún insecticida las detiene. Ninguna valla es tan minúscula como ellas.

Un murmullo recorre la marea humana. En oleadas llega hasta nosotras la noticia del inicio del reparto. Mi hermana y yo nos abrimos paso y, a los gritos, despejamos estorbos. Una tozudez de insectos. Una clarísima convicción. Hay que comer de esa torta. Con Gabriela nos lanzamos a saltar barreras, a trepar, queremos sentir bajo nuestros pies la piel azucarada de la ciudad. El panadero nos grita desde abajo vaya una a saber qué. Entonces la vemos. Nuestra mirada de gigantes recorre el museo, los pinitos del bosque, el león en su jaula del zoológico, las callecitas rectas, la perfecta armonía, la calle cuarenta y ocho, la municipalidad de merengue,

el Cónsul de Noruega, el Cónsul General de Italia, el Secretario de la Comisión de Carreras del Jockey Club, el Vocal de la Comisión Revisora de Cuentas del Jockey Club,

la casa de gobierno al sambayón, la catedral chocolatada, la Plaza Moreno dentro de la Plaza Moreno donde criaturas humanas que parecen hormigas se refugian del rigor insecticida.

Los policías tratan de frenar a las hordas que no esperan que no forman filas que se abalanzan sobre la ciudad perfecta. Pero no es tan fácil. Hemos llegado al diecinueve de noviembre cargando un año extraño. Una de nosotras planea un casamiento que parece un juego. Un veterano de guerra de diecinueve años observa todo con esa mi-

rada ausente que lo acompañará hasta el final. Una flamante desertora de abogacía no sabe cómo seguir. Flamantes guerras. Flamantes desaparecidos. Flamante sensación todo se ha detenido aquí / hacia adelante hacia atrás no hay nada / ganar y perder es la misma cosa / y quién sabe esta urgencia / sea la última. Con qué cargarán los otros, que tampoco tienen miedo.

Nuestras manos, hundidas en un barro dulce y pegajoso, arrancan caóticas porciones para alimentar a la muchedumbre. Un minuto después, la torta recibe a los demás y la ciudad bizcochuelo desaparece. Ya no volvemos a verla. Entonces comienza otro juego: apuntar directo a los ojos, a los gritos, a los culos. Lanzar proyectiles para que llueva almíbar sobre cientos de cabezas. Caer en el intento. Nadie es experto en patinaje sobre torta, mantenerse en pie es un aprendizaje inesperado.

Gabriela le dispara al panadero gritón con una puntería que le desconozco. Los patrulleros se llevan algunos detenidos, a nosotras nos protege una cubierta de almíbar resbaladizo. De los parlantes brota una marcha militar. Y las hormigas. Siguen. Trepando. El tul.

Nada sobrevive. Gente que supo esperar la consumación de la batalla pasea su curiosidad por los lugares que ya nadie cuida. Levantan del piso hamacas en miniatura, soldaditos del Regimiento 7. El jefe de panaderos se sienta a llorar como un chico. Intenta limpiarse los mocos con el brazo mientras un policía lo abanica con la pared de la legislatura. Nadie se preocupa por las hormigas. Ellas son así. Imperturbables. Están cuando las matan y cuando las ignoran. Y el azúcar. Desaparece. Minúsculas bolitas sobre sus espaldas. Lo lograron.

Ningún tablón ha quedado en pie. El techo que cubría la torta es ahora una alfombra para los que duermen borracheras. Las vallas, desparramadas por toda la plaza, aportan inútiles líneas rectas al paisaje. Con Gabriela amanecemos allí. Jorge, conocedor de otras guerras, privilegia su cama a todo y lo perdemos de vista.

Busco en el diario de siempre vestigios del escándalo, apenas encuentro una lista de contusos y asfixiados. Nadie lo escribe. Nadie lo dice. Aquella noche volaron por el aire diplomas universitarios, rifles oxidados, carnets vencidos del club de niños felices.

El Día, 12 de Enero de 1982

LA CIUDAD CUMPLE CIEN AÑOS: EL GOBIERNO BONAERENSE CREA LA COMISIÓN DEL CENTENARIO.

Al término de la reunión que ayer realizó el gabinete de la provincia, se informó que fue aprobado el decreto de creación de la Comisión del Centenario de la Ciudad, que tendrá a su cargo la programación de los festejos a cumplirse en noviembre próximo. La comisión quedó integrada de la siguiente manera: presidente: Señor Gobernador; miembros honoríficos: Presidente de la Suprema Corte de Justicia de la Provincia, Arzobispo de la Arquidiócesis, Comandante de la Décima Brigada de Infantería Mecanizada, Director de la Escuela Naval Militar, Rector de la Universidad Nacional; Ministros Provinciales e Intendente Municipal. El cuerpo quedó facultado para actuar todo lo que estime necesario para dar mayor realce al homenaje.

El Día, 4 de Setiembre de 1982

LA TORTA DEL CENTENARIO

Uno de los temas del Centenario que anda en boca de todos es el de la torta del festejo. "La Asociación de Panaderos quiere devolverle a la ciudad todo lo que la ciudad le ha dado", explica el presidente de la entidad.

"Va a llevar 25.000 huevos, 600 kilos de azúcar, 680 de harina y va a pesar alrededor de 3.000 kilogramos, por lo que se

espera que van a comer de ella aproximadamente 30.000 personas”, agrega el secretario de la Asociación.

“El diseño es un símil del plano de la ciudad, con sus plazas y centro cívico decorados, su cobertura va a ser de merengue italiano y el interior de bizcochuelo bañado en almíbar y dulce de leche”, nos aclara.

“Las autoridades han dado una gran importancia a la torta gigante, a tal punto que el corte y el reparto de la misma se ha tomado como broche de los festejos del día 19 de noviembre”.

“A las 22.30, después de que se corra el clásico, se va a comenzar a cortar y todo está organizado de tal manera que cada una de las personas presentes en la plaza podrá probar un pedacito”.

“Pero lo que quiero resaltar —concluye— es que esto es un homenaje simple, sencillo, un regalo que la Asociación de Propietarios de Panaderías le hace a la ciudad en la que ha crecido”.

El Día, 12 de Noviembre de 1982

Conjuntamente con la celebración del Centenario de la ciudad, será presentada la gigantesca torta preparada por los panaderos platenses en adhesión a la fecha.

Según se nos manifestó, se repartirán aproximadamente 30.000 porciones entre todos aquellos que se acerquen a Plaza Moreno, lugar en donde está apostada la faraónica obra culinaria. En tal sentido, la comuna hizo saber que dicho reparto será gratuito a toda la población.

El presidente de la Asociación de Panaderos señala que es un esfuerzo de los panaderos para homenajear a su ciudad.

“El mismo esfuerzo que hace un padre para festejar el cumpleaños de quince de su hija. Esta, seguramente, es la torta más grande del mundo”.

Pudimos enterarnos de que esta torta de 400 metros cuadrados fue elaborada en treinta panaderías de la ciudad y demandó 600 horas de trabajo.

El Día, 15 de Noviembre de 1982

“Luego de intercambiar diferentes inquietudes llegamos a la conclusión de que la forma ideal de la torta era alcanzar una reproducción, lo más fiel posible, del casco urbano. Consumar la iniciativa nos dio mucho trabajo. Se nos ocurrió hacerla en bloques de dos metros, con separaciones que hicieran las veces de calles y que, al mismo tiempo, facilitaran el paso de los decoradores. Para alcanzar la semejanza perseguida, el pastel tendrá cincuenta semáforos, ciento cincuenta faroles, más de trescientos pinitos, banderas, bancos y juegos de plaza, cintas y otras miniaturas. Será el área céntrica con sus paseos, diagonales, etc. Tendrá todo. Ni más, ni menos”.

Una torta de veinte metros por veinte, de ocho centímetros de espesor, rellena de dulce de leche, abundante coco, chocolate, azúcar impalpable, colorante y otras delicias. Una obra de arte al fin, que los panaderos dedican a la ciudad más allá de las ideologías políticas de los hombres que rigen su destino.

“Las hormigas empezaron a salir de todos lados, de los canteros cercanos a la carpa. Al principio nos entró la desesperación, pero después las controlamos con insecticidas con agua. Ahora no hay peligro”.

Una imprevista invasión de hormigas atraídas por los 1.500 kilos de dulce de leche alteró las tareas programadas. “Después tuvimos que cambiar el merengue porque no era lo suficientemente duro y se nos caía la estructura. Le pusimos otro tipo de azúcar, más o menos 1.000 kilos, y con eso solucionamos el problema”.

Por su parte, la comuna hizo saber que el reparto de las porciones será gratuito a toda la población. En ese sentido, el presidente de los panaderos pidió que “por favor nadie compre bonos para comer la torta como sé que han estado vendiendo por allí. La torta es un regalo para nuestra ciudad y lo que se regala no se cobra”.

Mucho público se acerca a la baranda detrás de la cual trabajan los panaderos. Estos cuentan con la inestimable ayuda de una panadería ambulante instalada en un camión. Todos sonrían bajo la carpa impregnada con dulce de leche. “Alguna gente nos pregunta por qué no hicimos otra cosa, no repartimos pan y lo demás. Esto nos enoja un poco. Todo el sobrante, es decir los recortes de los bizcochuelos —la torta tiene la forma del plano de la ciudad— son llevados diariamente a instituciones de bien público. Además, la torta es de todos, ya lo dijimos”.

“Yo estuve averiguando —agrega el secretario de la Asociación de Panaderos— y solo tengo conocimiento de una torta similar hecha en el festival de folklore de Salta. Esa torta fue armada con escaleras, pero en su interior era de

cartón. En Alemania se hizo una torta gigante, pero tenía nada más que seis mil huevos, me parece que la nuestra es la más grande del mundo. "Es nuestro orgullo darle a la ciudad un regalo de cumpleaños único".

Los 4.500 kilos de torta descansan sobre las mesas que la forman. Los panaderos trabajan con apuro, controlan las hormigas y miran el cielo. "Esperemos que no llueva. No, no va a llover, seguro", nos comentan.

El Día, 19 de Noviembre de 1982

EFFECTUÓSE ANOCHE EN EL JOCKEY CLUB LA VELADA TRADICIONAL

Realizóse en la sede del Jockey Club, con singular éxito, y con la capacidad colmada del salón del segundo piso, la tradicional velada en conmemoración del Centenario de la Fundación.

Ocuparon la cabecera de la mesa central el Gobernador de la Provincia y su señora esposa, el Presidente del Jockey Club, el Intendente Municipal y señora, el Ministro de Gobierno y señora, el Director de la Escuela Naval Militar, el Comandante de la Xma. Brigada de Infantería Mecanizada, el Jefe de Policía y señora, el Cónsul General de Perú, el Segundo Comandante de la Xma. Brigada...

AVALANCHA CON HERIDOS EN EL SECTOR DONDE SE ENCON- TRABA LA TORTA

Cuando arreciaban los fuegos artificiales y ardían las cien velas, comenzó el reparto de la torta. El dispositivo prevenía el ingreso de la gente a través de una puerta de unos dos metros de ancho, ubicada en uno de los tramos de la valla de hierro que rodeaba la carpa; el desfile ante el mostrador de madera que circundaba a la torta y la salida por una puerta similar a la anterior sobre el otro lateral de la valla. Pero este ordenamiento duró escasos minutos. La presión de la gente hizo ceder primero una parte de las vallas y, poco más tarde, otra. A partir de allí, el ingreso a la carpa fue masivo y desordenado. Unos treinta policías, los boy scouts y la Asociación de Panaderos corrían de un lado a otro, tratando de contener la avalancha. Pero los esfuerzos resultaron insuficientes y, unos diez minutos después de iniciado el corte de la torta, la carpa estaba invadida.

Cuando la carpa ya estaba totalmente colmada, comenzaron las avalanchas sobre el débil mostrador de madera azul que rodeaba la torta. Los mozos (una docena) se defendían como podían, sosteniendo a duras penas el mostrador. Los forcejeos, los empujones, las luchas cuerpo a cuerpo se sucedían entre los encargados de seguridad y la gente.

La confusión fue enorme. Madres con niños muy pequeños en brazos, chicos de todas las edades, muchos adolescentes, personas mayores, los ciudadanos, en fin, que habían ingresado allí para probar la torta del Centenario, se encontraban con un desorden absoluto, empujones, gritos, órdenes y ruegos de los organizadores.

Algunas mujeres se desmayaron y fueron colocadas inicialmente en el mostrador azul. Comenzaron las caras de susto, los gritos histéricos y cierta desesperación por salir, pero a esa altura se hacía difícil encontrar la salida, porque la gente también ingresaba por allí.

Al cierre de esta edición, se había podido confirmar el ingreso al hospital San Martín de una mujer con traumatismo de tobillo y heridas cortantes, contusos, desmayados y una persona con traumatismo de brazo. Otros desmayados y con ataques de llanto histérico fueron atendidos en la plaza hasta su recuperación.

El presidente de la Asociación explica al diario de siempre que nuestra torta es la más grande del mundo. Viva la patria repostera, viva la torta, viva el señor gobernador, viva el comandante de la décima brigada, la bronca, la mugre,
lo dulce,
lo agrio,
lo podrido.

Ellos desaparecieron una noche o acaban de volver de una guerra. A ella la visten para su fiesta. Embarrada de dulce, cansada, desvestida de sus diagonales, no es más que una nena de quince muerta de miedo susurrando al oído que la perdonen, que en realidad está enamorada de ellos pero nadie debe saberlo porque sino.

La Asociación de Panaderos dice que la intendencia dice que la comisión de festejo dice que la policía dice que elementos subversivos dicen torta tomada. Llueve dulce, llueven gurkas, soldaditos, palos, pibes y otras delicias. Llueven treinta mil.

Descuidada ciudad, a este cumpleaños le faltan algunos hijos, no te olvides.

UN PEQUEÑO ACCIDENTE

Una bolsa de polietileno llena de flores cayó accidentalmente sobre la plaza en momentos en que el general Reynaldo Benito Bignone, presidente de la Nación, decía su discurso. La idea era que las flores llovieran sobre la multitud, pero al parecer quienes tenían la misión de arrojarlas desde un helicóptero perdieron el pesado paquete. Un largo y profundo “Uuuuuuh” acompañó la caída de la bolsa que, por suerte, cayó a treinta metros del palco oficial, sobre un cantero de césped.

Fragmento del discurso que pronuncia Reynaldo Benito Bignone durante la mañana de aquel memorable 19 de noviembre de 1982, mientras cae del cielo la bolsa que impacta a treinta metros del palco oficial. Del azaroso destino de la cabeza de Benito, que se salva por treinta mil providenciales milímetros. De las cajas de plomo enterradas durante cien años y de la prolija exhumación realizada por el mismo Benito, una vez a salvo de su cabeza:

Rindamos homenaje al espíritu de la fundación. Que esta evocación, con su profundo contenido, sirva de fuente de inspiración para el presente. Quieran los argentinos interpretar en ella la imperiosa necesidad de que, todos juntos, seamos activos protagonistas del proceso de transición que nos toca vivir para cimentar la definitiva unión y el lanzamiento del país. Permita el Señor que se iluminen nuestras mentes, se apacigüen los ánimos y disminuyan los rencores con cristiana resignación, para que la reconciliación de la familia argentina sea muy pronto una realidad concreta.

EL VECINDARIO SE CONGREGÓ PARA LA EXHUMACIÓN OFICIAL

En el marco de un luminoso día de sol, se realizó al mediodía la exhumación oficial de la piedra fundacional. La plaza se encontraba colmada de vecinos y autoridades.

Los dones fundacionales —la redoma de cristal, las medallas, la caja donde estuvo guardada desde 1882 la plancha de mármol de Carrara piedra fundamental de la ciudad— se encontraban cubiertos por una bandera argentina contenidos en una bandeja de cedro forrada con pana roja construida los días previos por carpinteros municipales.

A las doce cuarenta y tres, el presidente de la Nación, el gobernador, el intendente y el ministro del Interior, descubrieron los dones del Centenario, concretándose, así, la exhumación de la piedra fundamental, exactamente un siglo después de su colocación por los fundadores. Un prolongado aplauso de los asistentes se confundió con los sones marciales del Regimiento 7 de Infantería, mientras una salva de morteros aturdió el ámbito de la plaza.

En el interior del recinto especialmente levantado en el centro de la plaza se veía la urna de plomo que durante un siglo encerró los objetos de la fundación.

Dicen que debajo de la piedra hay champán. Copas para beberlo. Secretos. Oro. Lingotes de oro. Mensajes cifrados. Masones. No hay hijas para peinar ni hijos a salvo de la guerra, solo una ceremonia prevista con cien años de antelación. La exhumación del cadáver, perdón, de la urna de plomo. El mármol de Carrara. El helicóptero. Las flores. El helicóptero perdió su pesada carga. Uuuuuuh. Flores. La exhuma-

ción de Bignone. Medallas. La pesada carga la pesada exhumación las pesadas flores. Cruzan el aire helicópteros cargando flores que no son desaparecidos, cruza la tierra Bignone exhumando cristales que no son cadáveres. Las otras cargas / las otras exhumaciones / los otros helicópteros sobrevuelan el Río de la Plata / la noche / la borrasca / la humedad. Descargan sin estridencias sin flores sin dejar rastro. Un pequeño accidente. Un largo y profundo Uuuuuuh. La borrasca / la humedad / la noche. No hay botellas de champán bajo la piedra, no hay ciudad ni celebración.

Y si las generaciones venideras quisieran en su Centenario conmemorar este acto y constatar la existencia de este documento y objetos que lo acompañan, deberán efectuar una excavación. Ciudad de La Plata, diecinueve de noviembre del año milochocientosochentaydos.

Acta de Fundación de la ciudad de La Plata,
19 de noviembre de 1882

En la novela *Crónicas de la Ciudad Perfecta*, le presté a Patricia, su protagonista, estos días ridículamente ciertos.



Esta ciudad

Nací en esta ciudad, le dije a nadie.

La Plata anestesiaba, lentamente, las ganas. Cuando supe que no era fácil irse de ella, recorrí sus pecados. Los descubrí en su bosque amaranado y minúsculo.

El león recibió mis caramelos. Esperé su rugido, me dedicó su bostezo y sus dientes amarillos. Más allá del zoológico, las magnolias despedían un perfume a caño de escape. Detrás, el museo me invitaba a recorrer sus momias y puertas del sol. Sin preguntar demasiado, seguí de largo. Entre grutas descoloridas y astronomías viejas, la encontré. Quedé sin aliento. Grité, canté, escribí tórridos sonetos cuando conocí la cancha de Gimnasia.

Reclamando amor como una desaforada, la ciudad era bellísima. Me quedé con sus lobos feroces, sus frigoríficos abandonados, su basura, sus negros de mierda. Sus batallas perdidas. A esa pasión le debo escenas memorables. Papá aullando su bestia, mamá tejiendo horas azules y blancas. Terremotos y transpiraciones. Torsos desnudos teniendo sexo con los alambrados.

Al Lobo le regalé mi último guardapolvo. Una tarde que me senté sobre él, cayó por el hueco de los tablones. Fue una caída lenta, pendular. El monograma del Normal 1 se perdió en un charco de barro. Me quedé sentada allí, en aquella altura de madera, hasta que se fueron los últimos.

Nací en esta ciudad, le dije a nadie.

Conurbanos



El polvo de las tizas

Un guardapolvo para leer pizarrones.

Un guardapolvo para escribirlos.

Aprendí a escribir cuando elegí, finalmente, dónde hacerlo. Elegí 1982, el año de la derrota. Y un aula pintada de celeste brillante a prueba de manchas, con rejas en las ventanas que asomaban a un patio, un mástil y una calle de tierra. Me paré frente al pizarrón con una tiza blanca. Escribí mi nombre. Me gustaban las tizas nuevas, enteras, sobre pizarrones negros recién pintados. Quedan pocos. Recuerdo el borrador de franela azul, lo prefería a los borradores de madera que caían estrepitosamente, dejando huellas blancas y rectangulares. De esos borradores tampoco quedan muchos, se están extinguiendo junto con los pizarrones.

En las aulas que recorro los sábados a la mañana sobreviven algunos. Limpio la madera lentamente, como entonces, mientras llega un puñado de estudiantes y se enciende el sonido metálico de las envolturas de caramelo. El cielo de Lanús se desploma por la ventana, se

quebra la tiza con la que escribo y flota ese polvillo seco, sediento, imposible. Me rodea una bruma conocida, girando en espiral. El vértice me señala la hondura del pizarrón, la madriguera del conejo. El aula es ahora aquella más pequeña de la escuela 27, en Berazategui, despidiendo ese olor a sangre y frigorífico.

Soy maestra de ese polvo que cae sobre mí, como la nieve caerá algún día, lluvia de cal cubriendo el guardapolvo y las vacilaciones. Los mejores días escribo con tizas de colores, remarco las letras con pulso de dibujante y los chicos copian ese trazo con la cabeza recostada sobre el brazo. Me pregunto cómo pueden escribir así. De pronto, un avión a chorro traza una línea perfecta e inmóvil. Los chicos se suben sobre las sillas metálicas, trepan a las mesas, porque un avión es un avión y una guerra es una guerra. Escribo mi nombre, el día de la semana, Las Malvinas Son Argentinas. El olor a lápiz y a Cristian hoy tampoco vino, señorita. Me distraigo en la estela del avión a chorro. Imagino ese viaje. Vuelvo a los cuadernos y escribo excelente felicitaciones porque eso lo puedo regalar y lo regalo. Dicto tres puntos suspensivos y se deslizan las lapiceras. Abro el registro y digo Cristian ausente. Nadie habla.

Voy a la sala donde Elena nos vende perfumes y baterías de cocina. Ninguna maestra sabe, ninguna quiere saber. Escribo con mis zapatillas el camino a la casa de Cristian. Me siguen cuatro o cinco chicos con ocho versiones de la novela. Que la mamá se fue cuando tuvo al tercero. Que se llevó sus cosas. Que el papá es un hijo de puta. Que la abuela que es la mamá del papá los odia y los rajó a la mierda. Golpeo mis palmas y escribo buen día y sale la abuela y sospecha y se defiende y se limpia las manos en el delantal también escrito, todo escrito. La maestra ahí parada no es buena señal. Se fueron, me dice, escribe. Una gallina sobre el horno de barro levanta la cabeza como un telescopio atento y calibrado. Ustedes, los guardapolvos, no son de aquí. Se cierra la puerta de alambre tejido. Desandamos el barro, volvemos a la escuela, me invade ese olor a 1982.

Cristian, Lidia y los dos bebés están, en ese momento, en Retiro. Lidia sube sus bolsos y sus dos bebés al tren y arrastra a Cristian del brazo. Él no sabe dónde queda ese lugar llamado Misiones, el tren lo llevará tan lejos que prefiere saltar y quedarse y Lidia grita y el tren arranca. Cristian vuelve a la escuela. Lo veo llegar y buscar su banco. No trae útiles ni guardapolvo, su ropa está tan sucia. Nadie habla, nadie escribe. Qué pasó, Cristian. Nada, señorita. Escribo con las manos una cama tendida en el suelo de casa, escribo ropa prestada, agua caliente para que se bañe y cuente. Cristian cuenta. Escribe.

La escuela se quedó ese día y para siempre sin tizas. Yo también me bajé del tren, porque lo que escribíamos no lo salvaba a Cristian de nada. Esa noche inventé una sopa de papas. Recorrí un camino de liendres, las fui matando una a una en su cabeza y en la mía. La uña apretada contra el cráneo, la pequeña explosión, hay que escribir todo de nuevo, pensé, tengo que inventar las letras, los acentos, los renglones. Nada es como me dijeron.

Nunca más me puse un guardapolvo. Busco el avión de aquella mañana y escribo un trámite. Nos dan tres pasajes gracias a que 1983 no preguntaba todavía sobre menores que volaban sin padres. Con Quique buscamos un barrio en Puerto Iguazú cerca del río. Una hora después, Lidia abraza a Cristian. La sopa de mandioca nos resulta demasiado dulce, pero agradecemos la fiesta.

En el pizarrón de este siglo, escribo mi nombre y el día. Bajo un polvillo conocido se asoma el conejo: me guiña un ojo y me llama a su túnel. Entonces cae la piel y la placenta, escribo Cristian y conozco el mundo.



Lisboa

El Conurbano siempre es una fiesta.

A ver, deje que me acuerde. Fue hace cinco o seis años que el portugués volvió a la panadería. El tipo se había venido en el cincuenta y pico, trabajó como ayudante de panadero hasta que se pudo comprar el terreno. Bien ubicado. Sobre el camino General Belgrano, en Gutiérrez. Entonces se pasaba los fines de semana llenando las bases con la señora, que ni bien dejaba de dar la teta a la nena cargaba con los baldes y le daba una mano. Yo recién había abierto el almacén. Con los clientes, los mirábamos desde la esquina. Todos hacían algún comentario, o lo tomaban de ejemplo para hablar mal de otros vecinos.

La panadería le quedó alucinante. El chalé de arriba parecía esos que salen en las revistas, las paredes cubiertas de cerámica, los vidrios repartidos, las tejas brillantes. Cuando puso el cartel con luces fosforescentes, la confitería Lisboa ya era famosa. Mire que le estoy hablando de los años setenta, cuando todo se complicó.

El portugués sí que la peleó. No sé cuándo le quedaba tiempo para dormir. La señora en la caja, la piba, ni bien pudo mirar por encima del mostrador, despachando flautitas y miñones. El pibe en el horno, con él. Me pregunto si el infeliz habrá conocido una pelota. Nunca en el potrero con los otros chicos de su edad. Unos vagos, claro, la verdad hay que decirla.

Cuando uno iba, los portugueses se charlaban todo. Ellos no se sentaban a tomar mate a la tarde, tampoco salían de vacaciones ni cerraban los lunes, aunque los otros panaderos putearan por lo bajo. Como lo único que hacían era laburar, se hicieron amigos de las clientas. Mientras pesaban el pan o envolvían las facturas, hablaban del tiempo y de los hijos.

Un día, el portugués plantó bandera. Nos dijo que se sentía viejo, que sus hijos tenían que estudiar alguna carrera, y alquiló el boliche. Se lo alquiló a Ochoa, que había sido su empleado por años y le habló de unos negocios con el gobernador. Según él, los servicios de *lunch* de la casa de Gobierno iban a ser de la Lisboa.

Ochoa se trajo a dos o tres más oscuros que la noche y empezó la joda al lado del horno. Usted viera. Meta vino y truco. Después, la negrada se dormía en los canastos de mimbre. Al otro día, atendían a las clientas mojados como merluzas ¡Los tiempos de Ochoa! El tipo hacía un pan riquísimo. Los pibes del arroyo se llevaban bolsas enteras y lo pagaba dios, las medialunas se deshacían de tanta manteca y las tortitas negras tenían una montaña de azúcar. Pero era criollo, qué se va a hacer, las vitrinas se llenaron de mugre y el techo de una tierra pegoteada con grasa. Las lamparitas fueron muriendo y nadie las cambió. Ochoa dijo que iba a ser el mejor y lo fue. A su manera, claro.

El local se vino abajo y el portugués no lo podía ni ver. Vivía encerrado en el chalé y cuando salía se cruzaba de vereda para no mirar, sufría de verdad el hombre. El veneno se le fue metiendo en el cuerpo. Cómo no iba a estar furioso, si él, a las monjitas, les daba facturas viejas y lo demás lo hacía pan rallado o budín. No había desperdiciado una miga jamás, y todo ese esfuerzo para qué, si ahora nadie pagaba.

Ochoa le fiaba a medio mundo, el lugar era un miguero y a ninguno le preocupaba el service de la amasadora. Pensar que cuando estaba el portugués se podía comer en el piso de limpio que lo tenía. Los gringos son así. Pijotean porque viven como si la guerra no hubiese terminado, usan tres veces el mismo fósforo y años la misma alpargata.

Todo el barrio sabía que el portugués odiaba a Ochoa. El último tiempo ni se saludaban. El gringo se enredó en un juicio para sacarlo de la panadería. Lo ganó, claro. Todos lo felicitamos, pero empezamos a extrañar los vigilantes. Los pibes que se llevaban el sobrante, ni le cuento. Le rompieron al viejo más de un vidrio porque los quería conformar con palitos de anís de la semana anterior. «A estos no les falta pan, lo que no tienen es vergüenza», se quejaba.

Ochoa no volvió a aparecer y sentimos su ausencia. Nunca más aquellas pizzas, aquellos bollos. Me gustaba verlo trabajar al gringo otra vez, pero ya no era lo mismo. En fin, cosas del destino. Que la verdad, con quien se ensañó fue con el portugués.

Ochoa no dijo ni mu en su momento, metió violín en bolsa y se fue para el rancho a vivir de las bolas de fraile. Él las hacía de madrugada y el hijo salía a venderlas en la bicicleta, lo único que le había quedado después de pagar el juicio y el arreglo de las máquinas.

Pero la vida da revanchas. ¿Se acuerda de la nena que atendía detrás del mostrador? Bueno, hace un mes se apareció con la noticia. La hija del gringo ya no es la que era: anda arriba de los veinte y largó los estudios hace rato. Estaba noviendo con el Ochoíta en secreto. Decía que iba al instituto docente, pero lo cierto es que recorría los pastizales del Parque Pereyra subida al caño de la bici. El Ochoíta, claro, le hizo probar dulces de los que no tenía noticias.

No quiso saber nada con hacerse un aborto. La piba quiso fiesta, vestido blanco, torta con cintitas y doscientos invitados. Y aquí me tiene, la verdad es que la invitación me tomó por sorpresa, pero vio cómo es Ochoa, que no se olvida de los amigos. Eso sí. Ochoa no se midió en gastos. Usted no es del barrio, ¿no? Pero eligió arrollado para comer. ¿Sabe por qué?, porque lo hizo Ochoa. ¿Ve aquellos bocaditos que no

prueba nadie?, los hizo el gringo. ¿Y ve los canapés?, también los hizo él, si ni aceitunas les puso. Pobre viejo, la verdad que no está para festejos. Un nieto compartido con Ochoa es lo peor que pudo pasarle.

En fin. Mejor hablemos de otra cosa. ¿De dónde era usted? ¿De la calle Lisboa me dijo? Ah, no, de la ciudad de Lisboa. Como la panadería, qué casualidad ¿no?

¿Y eso dónde queda?

La Plata, 1994



En el local de la panadería Lisboa, hoy abre sus puertas el supermercado Min Kai. Sus dueños pudieron volver a China el año pasado. Chuan, que vino con sus padres a la Argentina cuando tenía doce años, se reencontró, veinte años después, con sus abuelos y hermanos. Se emociona al recordarlos. Sabe que las vecinas creen que él apaga las heladeras de noche, por eso agradece esta conversación. Vende una crema para los dolores musculares que hace furor en el barrio. Nos hemos acostumbrado a sus escarbadietes y pomadas, a los dibujos misteriosos en las etiquetas.



Réquiem para Olga

El Conurbano siempre es un infierno.

Se murió la Olga.
Vestite, Berazategui, con tus mejores lutos.
Naranjas las banderas
naranja el alma
vamos a llorarla.

Es un partido
como siempre.
Hay que prender las luces a pedradas.
Colgar del aire las guirnaldas
abrir las estaciones
vestir los lunes de trabajo.

La maltería, Rigolleau, Ducilo
que las moles del sur regresen por un rato.
Se murió la Olga
que lo anuncien
los silbatos del vidrio y la cerveza.

Habr  un permiso provisorio para todo
un perfume a marihuana en las esquinas
un desfile de nombres y apellidos
orgullosos de vino.

Un guiño de quinielas
un paciente prostíbulo
para disfrazar de rojo los quejidos
y morir de abandono
resucitando a un sueño
donde somos los afortunados de la tierra.

Vamos a manguear a los tacheros
el pucho de la tarde
fumarlo en su homenaje
para que la Olga
que ya tuvo su infierno
prepare un cielo de quebrados.

Seremos carnaval
pas n de vicios
en la hora solemne del cortejo.

Nos verán
entonces van a vernos
marcharemos prostitutas
pordioseros
la loca de atar
los caballos hambrientos.

Tan pequeña
la pondremos ante dios
o ante los muertos
ellos tendrán que responder
por qué es pecado
amar a la vedette
vestirse de varón
criar dos pibas.

Tendrán que decir
a viva voz
a cielo abierto
por qué la vida es una mierda.

Cargamos un cuerpo
tan liviano.
Se apaga la flor
bajo la tierra.

Se murió la Olga.
Aquí nos ha citado
sin potestad
ni juez
ni parte.

Vivir es este apenas,
nos dice
se despide,
este último segundo
esta alegría.

Vivir es este grito
durando los instantes.



*Olga amaba a Telma Stefani. Amaba su belleza, su tarot y su suicidio.
Su hija mayor se llama Telma, claro. Su hija menor es Eva Franco.
Herencias y herederas.*

Sudestada



Elogio de la sudestada

Visto desde la altura, ese paisaje era el más austero, el más pobre del mundo —Darwin mismo, a quien casi nada dejaba de interesar, ya había escrito en 1832: «No hay ni grandeza ni belleza en esta inmensa extensión de agua barrosa»—. Y sin embargo ese lugar chato y abandonado era para mí, mientras lo contemplaba, más mágico que Babilonia, más hirviente de hechos significativos que Roma o que Atenas, más colorido que Viena o Amsterdam, más ensangrentado que Tebas o Jericó. Era mi lugar: en él, muerte y delicia me eran inevitablemente propias.

Juan José Saer

EL RÍO SIN ORILLAS

Prohibido bañarse. Aguas contaminadas

Municipalidad de Ensenada

Una gota de agua poderosa basta para crear un mundo y disolver la noche.

Gastón Bachelard

EL AGUA Y LOS SUEÑOS

EL AGUA POR ENCARGO

Saer me hizo conocer mi río. En la década del noventa, una editorial francesa convocó a escritores de todo el mundo para publicar una colección sobre los grandes ríos de la Tierra. Cada escritor debía escribir a orillas de su infancia. Para hablar sobre el Río de la Plata fue contratado Juan José Saer. Saer, navegante del Paraná, bajó a su boca gigantesca, a esa criatura enorme tragándose un mar. A su libro lo llamó *El río sin orillas*.

¿Se puede decir algo interesante de este barro? Saer lo intentó, aprovechando el encargo. Claro que no fue su idea: a ninguno de nosotros nos entusiasma hablar de nuestra orilla. Recuerdo el asombro que me produjo saber que vivía junto a un gran río. El Misisipi, el Amazonas, esos sí que eran grandes ríos. Mark Twain hamacándose en su silla, Nueva Orleans en nuestras madrugadas. Fuimos esclavos y vagabundos de un río poderoso. Cuando llegó Faulkner, esas aguas ya nos eran familiares. Por el Amazonas navegaban miles de novelas de aventuras. El barro ondulado de Punta Lara, un vago recuerdo en la planta de mis pies, no gozaba de ese prestigio. La colección Robin Hood, medida de todas las verdades, no lo nombraba.

Las olas minúsculas nos tumbaban sobre esa rugosidad. Jugábamos con esa arena oscura y sedosa, el río nos arremolinaba. Recuerdo a mamá levantándose del agua tibia, llevándose a otras aguas. Olvidemos esta arena. Nadie debe bañarse aquí. Si no decimos playa, no hay playa. Si no decimos río, no hay río. Solo sobrevivieron algunas conversaciones. Invasiones de camalotes, sudestadas, junquillos florecidos al borde del camino, esa alfombra amarilla.

LAS AGUAS BAJAN TURBIAS

A diferencia del Paraná, donde se deslizó en un pequeño bote a la deriva el mejor cuento de Quiroga, el Río de la Plata y el mar del Tuyú son una ausencia literaria. Comentamos una invasión de mosquitos,

discutimos sobre peces muertos cubriendo la playa, no mucho más. Punta Lara es la molesta vergüenza de la ciudad perfecta. Hace tiempo que las sombrillas no bordean los arroyos de Plátanos. En La Balandra y Los Talas, ya no suenan acordeones ni se ríen, a los gritos, las bocas ensangrentadas de sandía. La orilla de cien nombres recibe riachuelos humeantes de ácido. Los arroyos cristalinos de Guillermo Enrique Hudson han perdido encantos y visitantes, allá lejos y hace tiempo. Algún murallón se ha pintado. Algunas rotondas ordenan el viento. Pero no hay caso. Esa espuma marrón nos inquieta.

El río recibe deshechos, fugitivos, muertos sin nombre. Lo disimula cuanto puede, pero sus aguas, cansadas de desprestigio, se desboacan furiosas ni bien las empuja el viento. Vomitan petróleo, quiebran murallas. Pero qué extraño: solo en esta orilla. Colonia de Sacramento luce fuertes y casonas de otros siglos porque el río la deja vivir tranquila. Las mínimas alturas uruguayas inclinan el río hacia aquí, con su presencia perturbadora y molesta. «Hay sudestada» guarda entre los dientes un insulto, y el agua lo sabe. Harta de ninguneos, engendra furiosas correntadas. Los sauces apenas salvan la cabellera. Lo demás se lo lleva ese líquido indescifrable. El río se desboca como un adolescente, pero la culpa no es suya. Vivimos como si no existiera, hasta que llega el día en que navega bajo nuestra cama.

HUMEDAD Y POESÍA

Cuando el viento viene cargado, nos acordamos del río. Con el trueno nace el insulto. Inmenso. Acuífero.

—¡Campo fiero y desamparao! — dije en voz alta. Íbamos por un pajal descolorido y duro que los caballos husmeaban despreciativamente, con algo de alarma. También yo sentía un presagio de hostilidad. [...]
—¡Campo bruto!

Ya podíamos mirar para todos lados, sin divisar más que una tierra baya y flaca, como asonsada por la fiebre. [...] Para el lado de la mañana,

estaba el mar, que solo la gente baqueana alcanzaba por entre los cangrejos. [...] Bendito sea si me importaba algo de los detalles de aquella estancia, que parecía como tirada en el olvido, sin poblaciones dignas de cristianos, sin alegría, sin gracia de Dios.

El paisaje sigue siendo el mismo. Pero alguien lo escribe y el mundo se reinicia. Con Saer tuve noticias del agua de nuestro costado. Con el viejo Sombra y el reserito Fabio Cáceres la recorrí. En el río sin orillas, la literatura crece a los ponchazos, pero entrega, finalmente, páginas que abrigan.

Atrás de los junquillales, vimos azulear una chapa de agua como de tres cuadras. Volaron bandurrias, teros reales y chajás. Parecían tener miedo y quedaron vichándonos desde el otro lado del charco. Sabían algo más que nosotros. ¿Qué? Garúa trotó dando un rodeo, seguida por Comadreja, y bajó hacia el agua. Nosotros quedamos a orillas del pajonal. El barro negro que rodeaba el agua parecía como picado de vi-ruelas. Miles de agujeritos se apretaban en manada unos contra otros. Unos pocos cangrejos paseaban de perfil, como huyendo de un peligro. Me pareció que el suelo debía de sufrir como animal embichado. Ahá —dije— un cangrejal [...].

EL RÍO. EL MAR. EL AGUA.

¿Dónde termina el río? En Montevideo lo resolvieron de manera sencilla: a las aguas marrones que cercan a los montevidEOS la llaman mar. Y punto. Quién se los discute. De este lado, el límite es obsesión. Somos turistas huyendo del agua dulce, pero a veces no ponemos suficiente distancia: en el Tuyú, si sopla un viento estamos en el río, si sopla otro, llega el mar.

De pronto, una franja azul entre las pendientes de dos médanos. Y repechamos la última cuesta. De abajo para arriba, surgía algo así como

un doble cielo, más oscuro, que vino a asentarse en espuma blanca a poca distancia de donde estábamos. Llegaba tan alto aquella pampa azul y lisa que no podía convencerme de que fuera agua.

Llanura sin encanto. Viento. Nada que valga la pena en los bajos del Samborombón. Entonces aparece el mar y respiramos aliviados. No nos han olvidado.

Sentí que la soledad me corría por el espinazo, como un chorrito de agua. La noche nos perdió en la oscuridad. Me dije que no éramos nadie [...] No podía dejar yo de pensar en los cangrejalos. La pampa debía sufrir por ese lado [...] Y miré para arriba. Otro cangrejal, pero de luces.

Somos este viento y este río. Somos el agua de nuestro costado, sus tercas ondulaciones.



Publiqué la primera versión de este texto el 23 de octubre de 1994, en el diario El Día de La Plata. Las inundaciones se ensancharon, las furias del río son más crueles, ya no diría lo mismo. Pero miles de turistas finde-semaneros que llegan a Punta Lara desde Florencio Varela, Quilmes, Lanús o Avellaneda les dan la espalda a estas disquisiciones. Justicia poética.

Los fragmentos citados en estas páginas fueron extraídos de los capítulos XV y XVI de Don Segundo Sombra, de Ricardo Güiraldes.



Colonia de Sacramento

Un día crucé el río.

La otra orilla era, también, mi orilla.

Mariquita sale chillando de su habitación. Grita sus caprichos, pero los mayores no le entienden tanta queja entreverada. Cada vez que le sucede se refugia en la levita de don Rafael, porque su abuelo le aquieta los gritos. Don Rafael la escucha, cómo no, si es ella.

Mariquita.

Que le dice, no la oigo, pero lo sé, que yo me he puesto sus encajes, que me ando pavoneando con su abanico. Que me encontró en su habitación y que me quiso arrancar las motas, pero yo le mordí.

El blanquísimo brazo.

Le muestra mis marcas y me sonrío debajo del abanico. Claro que Mariquita no entiende por qué don Rafael, que la adora, no corre a castigarme. Ni siquiera a encerrarme en la piecita. Ni siquiera a mirarme con los ojos duros de quien manda en esta casa. Porque aquí el padre apenas si viene y la abuela apenas si murmulla. Pero él.

Ay, don Rafael. Usted sabe que yo sé. Bien mirado el asunto es así: yo podría ser Mariquita, pero soy su noche. Ella y yo catorce años vividos en la casona de la Colonia, casi sin salir del fuerte. Yo con muchos soles en las piedras de la orilla, quemada sobre negro blanqueando sus enaguas. Juro que he visto Buenos Aires mientras lavaba sus faldas.

Yo Sacramento, como la colonia. Ella Mariquita, manos que no hacen nada. Hijas de una casa que nos vio nacer al mismo tiempo, un verano incómodo para la familia. Don Rafael sabía, su señora esposa sabía, su señora nuera, que Dios la tenga en su gloria, también sabía. Quién no lo sabía hace catorce años. A don Rafael le nacía una nieta en la Nochebuena y una hija en la Navidad.

En la habitación que da a la calle, la nieta. En la trastienda de la casona, la hija. Del vientre de Juramento, de la piel tirante que don Rafael buscaba perdido de aburrimiento en las siestas sin guerra. Él no lo sabe, pero sospecha, que Juramento se lo ha contado a su niña.

Usted sospeche, don Rafael,
que va por buen camino.
Déjeme que le use los vestidos a la Mariquita,
eso casi no es daño.
Deje que me ría detrás del abanico
Mariquita lo hará bailar
cuando ande mujereando.
Yo apenas esto. Sin miedo de usted.
Que sabe que soy lo que no puedo ser.
Lo que apenas me alcanza para menos golpes. Para algún
permiso.
Ya habrá tiempo para el otro miedo, ay el otro, que vendrá
con los años.
Cuando nadie respete sus caprichos de viejo que se ablanda
por una hija con motas.
Cuando usted ya no esté, don Rafael.
Cuando Mariquita aún no sepa
ni le importe saber.
Y yo. Y yo sea.

Una natural de la morenada de la Colonia del Sacramento
junto al río.
La que jura haber visto Buenos Aires.
Haber sido la hija del señor.
Para el insulto y la risa
de una ronda de negras que callan
y lavan en la orilla.

Colonia de Sacramento, 1989

Montaña y mar



Azúcar

*Las meriendas en lo de Sandra,
aquella torta gigantesca,
las familias bajando del norte y perdiéndose en trenes.
Cada horneada de la panadería Lisboa.
Los mates dulces del río.
Cada palabra, cada día de mis días llevan la marca del azúcar,
esa horrible cicatriz que buscamos olvidar desesperadamente.*

La justicia tarda, pero tarda.

Blaquier elige cuidadosamente a sus invitados. Deben ser ricos y poderosos, llevar ese estatus con recato, respetar la prelación. En la mansión de San Isidro, ellos escuchan las arias de su esposa, celebran su jardín y su fortuna. Los años han traído esta serenidad. Entonces se decide. Siempre ha leído, siempre ha escrito. Pero este poema es especial.

Con euforia contenida, lo recita.
Con el último verso, los recorre.

Una mujer aplaude.
Un hombre mira sus zapatos.

Entonces la literatura
grita con la boca cosida.

No nos mata el bagazo.
Es tu poder.
No es la noche ni el cañaval.
Es tu poder.
El doctor que no aparece.
La fábrica con las luces encendidas
el apagón de Calilegua
el miedo de tus cómplices.

Tu voracidad
tus obsesiones
tu sonrisa suficiente
tu apellido.

No se puede andar por la vida arruinando todo.
Matar trabajadores
 médicos
 palabras.

Hay que escribir todo de nuevo
grita Calíope
rotas su pollera y su vagina.

Es el turno de los muertos
la hora oscura.
Recojan las sílabas
una a una

él las abandonó
al costado de la ruta.
Abran el aire y los barbechos.
En el cañaveral se esconde el verbo.

Yo te denuncio, Blaquier.
No se puede decir raudo vuelo y seguir como si nada.
Los tuyos bajan la cabeza
los míos ni siquiera
son apenas fantasmas
bajo el terraplén o la basura.

Que el mundo recorra tus metáforas
que se detenga en cada verso.

Ha llegado la hora.
Cuando pronuncies la última palabra
nos cubrirá una vergüenza ajena y octosílaba.
Sabrás la verdad intolerable
la única verdad que te lastima.

Bienvenido al infierno
que Dante no ha previsto.
En el silencio incómodo
no hay poesía.

*Torcaza de raudo vuelo
gris perla son tus colores
paloma de nuestra pampa
torcaza de mis amores.*

*Cuando la tarde anochece
y ya solo grita el tero
surcás veloz el espacio
de retorno al dormidero.*

*Arrullo de horas de siesta
amores de primavera
entre las aves del cielo
para mi sos la primera.*

*Por eso puse tu nombre
a tan querida morada
un nombre que es femenino
un nombre de enamorada.*

*Paloma de las taperas
la tierna amiga del hombre
has bautizado mi casa
gracias te doy por tu nombre.*

*Torcaza de nuestras tierras
torcaza de nuestros cielos
tus alas son portadoras
de mis mejores anhelos.*

"Torcaza", Carlos Pedro Blaquier, 1997

Mi marido fue cargado en la parte trasera de una camioneta con el logotipo de la empresa Ledesma impreso en las puertas de dicho vehículo. La camioneta era conducida por un empleado de la propia empresa [...] Posteriormente me entrevisté con el administrador del Ingenio Ledesma, el ingeniero Alberto Lemos. Él admitió que la empresa había puesto sus móviles a disposición de la acción conjunta llevada a cabo por las fuerzas armadas, en sus palabras, “para limpiar al país de indeseables”. También aseguró que mi esposo, debido a su actividad como asesor médico de los obreros, había resultado muy perjudicial para los intereses económicos de la empresa Ledesma.

NUNCA MÁS
Testimonio de Olga Aredez



Vírgenes y cerbatanas

*Cuando crucé las montañas y navegué el río del mundo,
todas las fronteras cayeron, menos una.*



LA VIRGEN DE IRUYA

Cuando se cruzan las montañas y se vadea el río, Iruya se presenta como una postal. La capilla contra la piedra parda, roja, verde. Los autos quedan estacionados en las primeras calles; más allá de la plaza, todo se recorre a pie. Horas y horas para una visita o un partido de

fútbol en San Isidro o Higueras. Cuando salíamos a recorrer el valle en nuestra camioneta, el asiento de atrás se cargaba de caminantes. Después del saludo, los silencios son prolongados, pero la conversación arranca, tarde o temprano. Esperábamos algún comentario sobre el tiempo que se pierde andando a pie, pero caminar, después lo supe, es un modo de habitar.

Una tarde, nos llamó la atención una mujer bajando en línea recta, ahorrándose las eses del camino. En una de las vueltas, nos topamos con ella. Carmen llevaba un bolso cargado de choclos y zapallitos con un ramo de flores recostado encima. Iba a visitar a los suyos y había perdido el colectivo que la llevaba a Iruya. Durante el viaje, nos contó aquel asunto de la virgen que habíamos escuchado cuando llegamos. La vieja Iruya estaba montaña arriba, al final de la huella que estábamos desandando. Una noche, la virgen desapareció de la capilla. La buscaron varios días, hasta que la encontraron en el río. La repusieron en el altar. A la noche siguiente, la virgen volvió a desaparecer y aparecer río abajo. Así, tres noches seguidas. La nueva Iruya se levantó en el lugar donde siempre encontraban a la virgen. Eso ocurrió en algún año de algún siglo que los mayores no recordaban con precisión.

—La virgen quería quedarse abajo —dice Carmen.

—Qué bueno que esta historia rinda homenaje a los viejos pobladores —le respondo—, se ve que ellos decidieron trasladarse a un lugar más accesible, cerca del río.

—¿Qué pobladores? La virgen eligió el lugar.

Quique me dedica ese silencio de truenos que conozco bien.

/ no les saques fotos / no son un paisaje / no te atrevas /

En ese instante incómodo, el sol se derrumba sobre mi cabeza. Su luz me encandila materialmente, con gigantesca piedad. Cuando los colores se aquietan, una mujer se instala en el asiento de atrás junto a Carmen, apoya su brazo en el bolso, recoge el manto que la cubre y suelta alguna queja. Nos dice que conoce bien el camino, que lo recorre desde hace trescientos años. Le indica a Quique las curvas peligrosas. Ahora el tema es la preparación del maíz. Es mejor remojarlo la

noche anterior, dice Carmen. Su cara se ha iluminado. A punto de soltar una risa, la sofoca con la mano. Yo sé de qué se ríe, de quién se ríe.

Después de vadear el río, quedamos en silencio. Por la ventanilla pasan fugazmente pastores, ovejas, cultivos, cruces, campanarios. El motor se apaga en la entrada del pueblo. La inmensidad es sobrecogedora. Se escucha el agua de una fuente, los cascabeles de una llama y sus pezuñas sobre el empedrado, un ladrido. Antes de despedirnos, ofrezco a las mujeres nuestras últimas naranjas. La mujer del manto acompaña a Carmen hasta la casa de su comadre. Se alejan charlando como viejas amigas. Nadie las detiene, ni siquiera el hombre que lleva un atado de lana sobre su espalda. Se baja de la vereda para darles paso. Creo que se persigna.

Mejor no hablemos de esto, Quique. No sé si lo digo o lo pienso o lo escribo esta tarde. Abro el mapa para buscar las rutas de los días siguientes. Sobre ellas, apuro con los dedos los viajes pendientes.



ANDES Y CARIBE

En Bolivia, el castellano suena hermoso y extraño a la vez. Las palabras son anchas, pesadas, las eses se arrastran hasta el silbido. El aire es un bien preciado, se habla solo lo necesario, por eso las frases se tejen cuidadosamente. La austeridad es el secreto de los cultivos, los intercambios y las ferias.

En la costa peruana, el idioma es verborrágico, pero también preciso. En el Perú andino, la lengua del conquistador se pierde. Suenan palabras alejadas de todo latín. Casas y terrazas de cultivo, corrales y pircas, sintagmas: todo ha sido construido hace cientos de años. Un mundo irreconocible nos da la bienvenida. Aquí estoy, dice el desterrado, aquí soy.

En Ecuador, los Andes se multiplican. A cada paso, un modo particular de peinarse o vestirse marca identidad y territorio. Me quedo con esos varones de pelo largo y lacio, atado en cola de caballo bajo un sombrero de ala ancha. Me quedo con las mujeres de Otavalo y sus faldas negras, largas, despojadas. Los modistos franceses caerían rendidos a sus pies.

Hace ya muchos kilómetros que no entiendo lo que dicen, soy extranjera.

Se abren las puertas de Colombia. Verdes, inmensas. Pasto, Silvia, Cali. Por aquí anduvo África, sus curvas generosas. Hombres y mujeres llevados con cadenas a las mitas de los señores buscaron el regreso desesperadamente. El Caribe los cobijó aterrados, renegridos, escapados. La derrota nos iguala, dijeron los dioses de las pirámides rotas. Nada resulta más nuestro que esta africanía. Antes del saludo, esa manera de sonreír. De frente, mirando a los ojos. Un español frutal y colorido. Con los dientes hacia afuera, los labios a punto de estallar, explican los raticos de toda espera. Los paisas y los rolos se reconocen y desconfían. Las arepas se hierven en su aroma. Las playas se recuestan sobre un manto turquesa y único. Todo sucede más allá de mí. Fuera de mí. El calor es bochornoso. Cartagena, Taganga, Mendihuaca. La selva de Tayrona. Después, Maracaibo. Venezuela es tierra wayuu, entonces es *Veenessuela*. Brasil, tierra waimiri, es arco, flecha y río.



TIERRA WAIMIRI-ATROARI

La selva del oro nos depositó en Boa Vista. Allí los folletos nos invitaban a volver por donde habíamos venido. Boa Vista vende a los extranjeros la ruta a Venezuela. Camionetas lustrosas y jeeps listos para llevarlos al Parque Nacional Canaima, al Salto del Ángel, al Auyan-Tepuy, al diablo en su meseta y su luna, al río en caída libre.

Veníamos de una marcha caliente por esa tierra de aullidos y chozas cónicas. Detrás de nosotros, la indígena Venezuela; adelante, y por mucho tiempo, el inmenso Brasil. De Boa Vista a Manaos nos esperaban diez horas de pura distancia. Nos esperaba, hay que decirlo, el único viaje posible.

La BR-174, una larga cinta de asfalto buscando la orilla del río gigante. Viajar como si la travesía recién comenzara. Escuchar todo el tiempo, sin interrupciones, ese ronroneo del motor, ajeno a todo. Cuántas vidas habrá costado esta selva partida en dos. Seis horas y el río sin aparecer. De pronto, una barrera y camiones en fila. Desde las seis de la tarde hasta mañana a la mañana nadie puede pasar, nos dice el guardia federal. Son los waimiri - atroari, aclara. Ellos cazan y pescan y el ruido de los autos espanta a los animales. ¿Los podemos ver? ¿Podemos hablar con ellos? No se puede, no aparecerán por la ruta, se hunden en la selva y espían desde allí. Acomodamos la camioneta a un costado de la barrera. No se puede. No se pasa. No aparecen.

Hasta ese extraño atardecer, nuestra sed de kilómetros siempre quedaba saciada. Un día amanecí viajando desde La Plata a Tucumán,

al otro día estaba en Iruya. Después Potosí, Lima, Quito, Otavalo, Pasto. Cali y Medellín. Cartagena. Caracas. La selva del oro. Nadie había detenido nuestra marcha. América viajaba y yo la contemplaba extasiada y agradecida. Sus montañas, sus llanuras, sus desiertos, su mar caliente. En todos los paisajes, una amabilidad indolente, despreocupada, curiosa. Hasta que, de pronto, se levanta esta pared y nos estrellamos contra ella.

Nos acomodamos para dormir bajo la espesura. Minutos después, Quique respira con el ritmo del sueño, aunque no deja de dar vueltas sobre la cuerina. Su piel despegándose como una cataplasma. Entonces me acordé de Carmen, de sus ojos negros. Recordé lo que no me dijo. Somos invencibles porque la virgen eligió el lugar. Este lugar. Ella fue la única madre entre tanto machete, cañón y fusil. El único abrazo. Quisiera encontrarte esta noche y hablarte de los waimiri. Aquí la virgen es una madre al acecho. No pasarán.

Por la ventanilla se asoman dos ojos amarillos. Los veo a través de mis párpados, o algo así. Unos minutos después son cientos de pares que traspasan sin dificultad el vidrio. Abajo, sobre la alfombra de la camioneta, también esos ojos. Entonces se vuelca el mate con la última yerba, rueda una botella y mis pies se mojan con un agua comprada hace mil kilómetros.

Mis preguntas se pierden en la noche más ancha del mundo. En 1967, mientras yo escribo con tinta azul Parker, la ruta se abre como un tajo de sangre y ellos caen como moscas, sus flechas impotentes frente a las máquinas de la represa. En los años que siguen, mientras yo pego ojalillos en hojas Rivadavia, sobrevive un niño. Cuando puede correr, escupe un veneno poderoso a través del hueco de una caña delgada, entonces otra vez los waimiri en los diarios nacionales y un decreto y otro y otro. Los decretos marcan el área de las cerbatanas: desde 1989 está más allá de la barrera.

Acercó el oído a esos ojos. Me susurran historias entrecortadas. Me explican. La selva no son elefantes, ni leones, ni un niño blanco perdido en ella. La selva somos nosotros, me cuentan. Después vinieron los

grileiros, el barro de oro, los árboles cayendo. Alguien apuntó con su flecha al corazón de ese terror. Muerta de miedo y cobardía, la carretera aceptó su derrota, me cuentan los ojos. Entonces me despierto. Un celular linterna se traga la escena y los murmullos. Tengo las piernas acalambradas y los pies ampollados. He recorrido un camino tan largo hasta aquí.

Estoy perdida. No reconozco esta forma de la noche, esta fiebre. Yawara, Roraima, los paranapanema, sus fusiles y cuchillos. Los ojos de la selva. Ni un paso más, chica blanca. Ni un paso más tu gasoil, tu celular, tu curiosidad.

Estoy durmiendo en esta sombra porque una mañana salí con Quique de La Plata diciendo: vamos a conocer América, ella se abrirá a nuestro paso. Pero América se cierra. Por la mañana, a 30 km por hora, cruzamos tierra waimiri. Busco los ojos que me visitaron en la madrugada, pero la selva los protege. Oigo el silbido de una cerbatana o un pájaro. Después, el río, con su presencia absoluta, me aleja de estas preocupaciones.

Demarcação, grita un niño indígena en la inauguración del Mundial de Fútbol. Nadie lo ve. Miren la tela roja que levanta sobre su cabeza, miren bien, las letras negras piden Demarcação. Son los waimiri, señalo la pantalla, grito, el locutor presenta los equipos y el niño se esfuma.

Busco retener el último vestigio. La selva, la virgen, balbuceo. He aprendido un idioma nuevo y no tengo con quién hablarlo.



MANAOS - SANTAREM

En un puerto enclavado en el corazón del continente, los marineros organizan la travesía. Ellos doman cada día al gigante, porque el Amazonas es los siete mares, el universo entero. Allí nacen, crecen, nadan, venden, se aman, navegan, se enfurecen y mueren indígenas y caboclos, garimpeiros desencantados del Guaire, buscadores de tesoros.

Subimos nuestra camioneta a una de las embarcaciones. Después subimos nosotros y acomodamos nuestras hamacas en la cubierta. Hay lugar para todos. Creo que los arcoíris nacen en este embrollo de telas, de allí suben al cielo para luego zambullirse en un barco anclado en la desembocadura del río, devolviendo los colores.

Compramos en cada muelle lo que nos ofrecen los pobladores. Por sus cañas suben cervezas, pescados, cocos, bajan monedas. En Santarem volvemos a tierra firme. Allí nos espera la arcilla, lista para su travesura.



EL CAMINO INFINITO

Cuando tomamos la BR-163, cuando queda atrás el último vestigio de lo que alguna vez fue asfalto, nos topamos con largas filas de camiones y autobuses. Hombres de todas las edades empujan un camión varado hasta despejar el camino. En asambleas improvisadas, choferes y mujeres rodeadas de niños discuten el derecho de pase. Si pasan primero los que van hacia el norte, en qué momento pasarán los que van hacia el sur. El Estado somos nosotros allí, votando nuestras conveniencias.

—¿Cuántos días tardaremos en llegar al Mato Grosso?

—¿Días? Aquí hemos pasado meses.

—Pero yo tengo que dar clases.

Otra vez las sonrisas con todos los dientes. Me enredo en una conversación circular. La selva, la ruta que se llevó la lluvia, los mejores goles de Maradona. Viajamos por esa arcilla resbaladiza miles de kilómetros. Vemos camiones volcados, autobuses con pacientes pasajeros, árboles deslizándose por la corriente. Un remolino de espuma y barro bajo las tablas de un puente que se rompe detrás de nosotros. En una casa de madera roja como el infierno, una niña me vende el agua que alguna vez llegó hasta allí. Me muestra al pasar su ortodoncia reluciente. ¿Quién se la puso? ¿Cuándo? ¿Ella conoce otros caminos y este laberinto es una burla? En el Mato Grosso, los camiones y su carga de soja. Miles de granos lloviendo sobre el capot de la camioneta. Los hormigueros gigantes. La tormenta sin plazos. El calor. El camino hun-

dido, imperturbable. Brasil gira como un planeta enloquecido. La BR-163 es su cinta de Moebius.

Estoy metida hasta la cintura en esta arena movediza. Los camioneros, cuando se amontonan de este lado de la ruta, me buscan para charlar. Creo que los entretiene mi desesperación por llegar algún día a algún lugar. Se ríen de mi esperanza de amanecer, por fin, en Pedro Caballero, Puerto Iguazú, Buenos Aires. Brasil tiene que terminar algún día, pienso, les digo. En un taller de Dourados, Quique se empeña en reemplazar las piezas rotas de la camioneta. Yo creo que es más simple: la pobre ya no sabe a dónde llevarnos. La espera ha recorrido semanas. Bajo un alero de zinc, con los primeros anuncios del carnaval, pido a gritos el abrazo de una virgen. Huérfana de toda madre, me arrodillo ante un niño a punto de soplar su cerbatana.





Loving

Puedo darte amor en todos los idiomas.
Decirte hermosa en todos los lenguajes.
Alcanzar la cima de todas tus edades.

Dime tu nombre.
Dame tus ojos.
Encontraré a la caribeña que llevas escondida.

A cambio solo pido migajas de tu mundo.
Los billetes chicos, tu limosna.

Los pondrás en mi bolsillo,
en mi sombrero,
en mis cervezas,
sin que yo lo note.
El amor sabrá cruzar esa estúpida frontera.

Santiago amanecerá con tus destellos
olvidando los incómodos detalles.

Santiago de Cuba, 23 de noviembre de 2013



Una playa en Cuba

¿Qué playa quieres, bonita?
¿Sobre qué arena despedirás el día?

Puedes elegir la alfombra pedregosa
entre muchachos que recogen peces afilados
para asombrar a sus mujeres.
O la playa que despeinó para siempre
el beso del huracán.

Quizás prefieras la que cuida el colonizador desde el morro
porque la reina de cabellos rojos
ha enviado a sus piratas.

O la playa de arenas finas
y palmeras del paraíso.

¿Vas a atardecer en el cayo
para amanecer con tu cuerpo empapado de ron?

¿Vas a elegir la playa de lluvia tenue
salpicada de revoluciones?

Podrás pedir la que quieras.

Porque en la Isla Mayor
tratándose de mar
todo sucede.

Playa de Siboney, 22 de noviembre de 2013

Este

*Después, viajé a la última fotografía.
A las palabras que nadie pronunciaba.
A la llanura. A la guerra.*



Hungría

Furias galopes tribus caballos alas
una polvareda de montañas
en la mañana de las tierras bajas.

Álmos, padre de Árpád.
Előd, padre de Szabolcs.
Kend, padre de Kurszán.
Ond, padre de Ete.
Tas, padre de Lehel.
Huba.
Töhötöm, padre de Horka.

Ellos guardan en su boca
el nombre de los montes
lo protegen del olvido
del viento en la cara y de este viaje.

Sobreviene
una planicie
una fogata
un cansancio sin bordes.

Se abandona el viento
al costado del camino
se aceptan las rutinas.

Dicen que para ser Europa hay que pedir permiso.
Esteban negocia dioses a orillas del Danubio.

Reyes espadas turcos guerras cuchillos
La furia es un galope
que no cesa.
En el corazón del continente
extranjeros.
Los gitanos los eligen:
esta es nuestra gente.

Inventores de lenguas y palabras
han imaginado un río.
En su orilla
fundan dos ciudades
frente a frente.

Austria los necesita mansos.
Alemania más obedientes.
Rusia más disciplinados.
Estados Unidos más capitalistas.
Ningún bombardeo los detiene.
Detrás de la bruma y la ceniza, crece un puente.

Si les preguntan quiénes son
ellos responden:
Álmos, padre de Árpád.

Előd, padre de Szabolcs.
Kend, padre de Kurszán.
Ond, padre de Ete.
Tas, padre de Lehel.
Huba.
Töhötöm, padre de Horka.

Somos el huracán de esta llanura
somos dos ciudades y sus puentes.
Somos magiares en el sitio equivocado
somos Budapest
galopando eternamente a los Urales.

Budapest, 2013



Enamorarse en Praga

De los duendes, del puente.
De las pompas de jabón y un chico corriendo a recogerlas.

Del relojero que inventó
el extraño mecanismo
para escuchar durante siglos
la campanada exacta.

Enamorarse.

Del dios de la cruz,
de los checos,
de los celtas,
de una falta de sonrisas que nos dice
que hemos llegado al frío y a lo duro.

Enamorarse.

Del nadir de las bodegas.
De las reclinaciones.
De los nidos cubiertos de nieve, vacíos.
De los bosques,
de las huellas en lo blanco.

De lo negro, de los magos, del agua de las alcantarillas.

De Alicia en sus espejos.

De tus pocas palabras en el puente
traspasando el aire
navegando el agua
amándome en Praga.

Praga, 2013

Ucrania

*En la aldea donde se tejió el mundo
me esperaba una tía.*



Ucrania

Contra todo pronóstico, riéndome del cuco comunista con el que quisieron asustarme, me fui a Ucrania. Es un país pobre y sin caminos, me dijo en Bratislava el guía cubano. Ese gusano.

El consulado me dio la noticia. Lena estaba viva. La hermana de mi mamá, la tía que se quedó del otro lado de la guerra. De pronto, las postales familiares caminaban por esa avenida de obispos y pestes. Compré los pasajes al compás de una Blackberry poderosa, y allá fui. Pisé tierra ucraniana en Lviv. Austria y Hungría llegaron alguna vez a estos confines, a esta nieve. El imperio sobrevive en sus palacios.

Esteban, el traductor que me buscó en el aeropuerto, eligió el camino a través del bosque. Entonces los relojes corrieron hacia atrás, una aldea, otra, una mujer empujando su cabra, un hombre viejo, una cúpula dorada y las campanadas de una misa. Nos detuvimos, perdidos, en una iglesia. Su torre, esa extraña cebolla reluciente, se apagaba con la tarde.

—Pañi.

Pañi, yo conocía ese nombre. Madame. Señora. Mistress. Pañi.

—Buscamos la casa de Lena.

Esteban, llegado del Chaco en los 90, hablaba un ucraniano doméstico, sin esfuerzos ni delecteos.

—¿Llegó su parienta argentina?

Éramos la noticia de esos días. El último coletazo de la guerra.

Llegamos con una luz agonizante y boreal. En la última calle de la última aldea, parientes apostados en un viejo Lada atronaron el aire con palabras que tenía arrumbadas en mi memoria junto con los acordeones del club Vostok. Allí estábamos, por fin, Esteban, el traductor; Cristina, mi compañera de viaje, y yo.

El Lada nos guio por un camino de nieve embarrada hasta una casa de madera. En la entrada, me esperaban un primo, parientes que ya ni recuerdo y Lena, la hermana de mi mamá, vestida de fiesta. Lo que ocurrió entonces, ya podré relatarlo.

Salieron a relucir fotos sepia, de un lado y del otro. Las que traía yo de Argentina, las que Lena guardaba. Más de la mitad eran las mismas. Eugenio, su marido, lucía una campera tejida por Sofía, mi mamá. Se la había regalado mi abuelo en su viaje de 1973. No me lo dijo, esperaba que yo me diera cuenta. Al otro día reconocí ese tejido, recordé la máquina Knittax y la lana devanada con parafina, un paisaje que se esfumó en 1977. Le celebré el gesto. La campera lucía impecable.

Esa noche, Eugenio cantó sus madrigales. En esa habitación del fin del mundo, rodeada de nieve y arados tirados a caballo, al calor de la leña, su voz sonaba lejana y medieval.

Dormimos allí, en la mejor pieza de la casa. Nos reencontramos con Lena y Eugenio a la mañana siguiente, ya sin ceremonias. En la cocina atravesada de luces, más fotos, más explicaciones, mientras se calentaba en las ollas el agua del desayuno y el aseo. Después, las mujeres jóvenes recogieron las tazas, que entrechocaban con ese ruido viejo y conocido. Una de ellas comenzó a preparar los varenikes del mediodía.

Llegó el momento de ir a Babie a visitar a la familia de Ana, mi abuela. Más llantos, más fotos, más abrazos. Un hombre detuvo su

utilitario para contarme que trabajaba la tierra que había sido de un hermano de mi abuelo. Estaba en casa, charlando con vecinos. Podía ser una esquina de La Plata, un amigo de papá comprando un terreno en nuestro barrio. El camino desde la jata a la aldea y luego a América, lo hicimos en sentido inverso. Este es el lugar donde vivieron, de aquí partieron, me llevaban del brazo, debía apoyar mis pies en el lugar exacto, la mirada dirigida al viaje a punto de suceder. Recogí puñados de tierra, esa ceremonia inevitable. Cuando regresamos, alguien comenzó a cantar, lo siguieron los otros, el Lada amplificaba las voces.

A la tarde viajamos a Lutzk para que Lena y Sofía se saludaran por Skype. Para Lena, no sé por qué, mi mamá es «Eugenia», nunca dejó de nombrarla así. Ellas se separaron cuando mi mamá tenía 3 años y Lena 7. No hubo preámbulos. Simplemente, retomaron su conversación de monedas y viajes.

Con la cena, llegó el intercambio de regalos. Tapices en punto cruz, pañuelos, una botella de licor. Compartimos una larga noche y un último desayuno antes de volver a Lviv. Al primo Roman lo volvimos loco: yo le dejé plata para Lena, Lena le dio plata para mí. Lena quería a toda costa que lleváramos comida para el camino —pan casero, panceta, varenikes, compota—, pero le explicaron que nos daban de comer en el avión. Con comida que debe pagarse en los vuelos de Iberia y varadas en Barajas, me pregunto por qué no le hicimos caso.

Yo sigo viva porque esperaba este momento, dice Lena. Armada de bastón y rodete, muestra sus cicatrices. Ha cruzado dos guerras, ha vivido en el mismo lugar, pero en tres países, ha llegado hasta la orilla de este siglo. Su vitalidad la hace soñar otras hazañas. Espera a su hermana Eugenia. Quiere recibirnos en el verano. Quién sabe.

Barajas, febrero de 2013



Eugenio, Yeñik, esposo de Lena Romaniuk Chomyk.



Lena Romaniuk Chomyk fue la primera hija de mi abuelo Nikifor. Su madre murió cuando ella tenía siete años. Mi abuelo, vuelto a casa, tuvo a Sofía, Nicola y Vera. Esta es la historia del reencuentro de Lena y Sofía. O quizás sea mi historia.





Lena junto a una silla vacía



MUERTOS Y VIVOS

Estoy en la aldea de Voronchin, en Volinia, una cierta nación ucraniana. Estoy parada frente a una fotografía que cae desde la pared. Allí los cuadros cuelgan casi a la altura del techo, muy inclinados hacia abajo para poder verlos. Un cristo y una virgen también miran desde esa posición, rodeados de un rushnik de lino bordado en punto cruz, rojo, negro, blanco, negro, formando rosas perfectas. Los bordados también rodean las fotos de los muertos, la tela cayendo sobre una

repisa con flores de plástico. Las imágenes recuerdan juventudes o el último instante, a veces el más último de los últimos instantes, porque si no hubo tiempo de fotografiar en vida a una persona, allí está igual, los ojos apagados, pero abiertos en el destello final de la cámara, antes de recostarlo en el féretro.

Siempre esos cuadros, en el recibidor y en el salón donde se toma vodka y se come arenque con las visitas. Hay un cuadro, en todas las casas, que reúne imágenes familiares desde la primera vez que una cámara volcó luces y sombras en un papel. Daguerrotipos apenas legibles junto al brillo Kodak. Un desfile de niños, acordeones, soldados, novias aferradas a sus ramilletes, antes o después de irse. Así se presentan los habitantes de la casa. La muerte es un detalle.



ALGUIEN TIENE QUE PEDIR PERDÓN

Estoy parada frente a esta cartografía en la última casa de la última calle de la última aldea de Volinia. Lena permanece inmóvil a mi lado y también está bajo un árbol que se secó en blanco y negro, patos y charcos para siempre blancos, para siempre negros, detenidos en ese momento en que Lena elige posar parada al lado de una silla vacía, mirando al fotógrafo de la aldea, que le indica que retenga la respiración, quieta, quieta, así, batiendo sus brazos como alas en los laterales del trapo negro que lo cubre. Entonces Lena se aferra con cada dedo al respaldo de la silla para que no se mueva, para que mire atenta-

mente al fotógrafo como ella, que está allí, parada, posando para ser recordada joven, bella, sola.

Nos hemos conocido recién. Hemos corroborado que ella es Lena, mi tía, de la que tenía una vaga noticia. Hemos confirmado que soy la hija de Eugenia, hermana menor de Lena, la que zarpó en 1939 desde un puerto polaco para no volver más. Ahora Lena puede decir: 1939. Ahora puede decir: América. En 1939 apenas podía correr detrás de un carro gritando que la llevaran a ella también.

Estoy al lado de Lena mirando a Lena. Quisiera preguntarle por qué me tortura con esa imagen, por qué seguimos paradas allí. Su madre no está y no estaba entonces. Su padre tampoco está, se aleja sentado en el pescante de un carro y lo último que ve es su espalda y su cuello porque su cabeza está hundida en su tragedia. «Papá se fue llevando a su nueva mujer y su nueva hija». También se lleva un rollo de billetes envueltos en un pañuelo y una promesa de volver a buscarla. Extraña manera de volver la de mi abuelo Nikifor. Aquí estoy, Lena, hemos vuelto. Estoy parada frente a ella cargando en la valija mis muertos y mis vivos. Aún me aferro a ella, a lo único que conozco, porque no he traspasado el recibidor.

Lena acomoda su cabello bajo el pañuelo y también me mira fijamente en blanco y negro. Estoy llorando amargamente y Lena murmura: «No te preocupes, ya pasó», pero no me dice: «No es necesario llorar, vos no tenés la culpa». Esteban, que nos traduce a duras penas, le ofrece las frases que debería decir. Pero las palabras vencen: nos dice que la hemos dejado sola. Lena me sumerge en un abandono desgarrador porque alguien, alguna vez, yo, hoy, aquí, en esta eternidad, le tiene que pedir perdón, le tengo que pedir perdón. Creo que podría arrodillarme, estoy a punto de arrodillarme. «Ya pasó», me consuela. «Fue hace tanto tiempo. Todos me han querido, he sido una buena mujer».

Cuando el perdón fue pedido en todos los idiomas y en todos los continentes, recién entonces, Lena señala la foto a la derecha de su propia foto, donde posa junto a la silla. Me acerco porque las luces y el hipo y la valija no me dejan ver bien. Mi mamá. Mi otra tía, Vera.

Mi abuela Ana. Mi abuelo Nikifor, jóvenes y elegantes posando en el mejor estudio de fotografía de Berisso. Las telas un poco toscas, la mirada solemne, las cinturas fértiles. Reconozco esas melenas cortas y cuidadas, esos vestidos recién estrenados, cosidos en una pieza de conventillo. «Son ellos, mi familia, mi mamá», murmuro, como si Lena no supiera. La foto le ha llegado hace tantos años. La ha repasado tantas veces. La ha odiado. La ha amado. La ha pegado junto a la foto que se sacó, por la misma época, en el jardín de su rabia.



UNA CANCIÓN DE AMOR

¿Cuánto tiempo estuvimos paradas ahí? ¿Cuándo me librarón de la valija y me sacudieron la nieve? Pasamos al comedor y Eugenio recibe a su esposa con una canción de amor. Lena ha pasado hace tiempo la barrera de los 80, Yeñik apenas los tiene.

En esa pequeña habitación, escucho la historia del pastor adolescente que se enamoró perdidamente de Lena, por entonces una joven recién casada. Me cuentan del destierro de Yeñik, ordenado por su padre para alejarlo de Lena. Todos recuerdan sus regresos, sus noches bajo la ventana de la mujer prohibida. Su padre lo lleva a un cuartel para que se convierta en soldado. Al salir, le pide a Lena que deje a su marido y se vaya con él a la extrañeza de los soviets. Lena prefiere los rumores a los golpes, se escapa con el soldado y conoce el mar de Crimea. Juntos, ven crecer un nuevo orden. Juntos, lo ven atardecer.

Está anocheciendo. El clan familiar recibe a una sobrina que les ha caído, literalmente, del cielo.



BUSCAR EL AGUA

Al amanecer, voy a buscar agua al aljibe y me recibe una nieve de llanura que no conozco. Esponjosa y amable, se derrite al sol como yo. La planicie barrosa que habito se parece tanto a Volinia. Esteban me ayuda a traducir una canción de la primera noche que pasamos juntas. El mismo trigo, las mismas imperceptibles ondulaciones.

Волинський краю дорогий
Для мене був колискою
Озер блакить і шум лісів
Для мене став ти піснюю.

*Volyñ mi querida nación,
Sos mi cuna y lo serás siempre,
Sos una canción que guardo en mí,
lagos y bosques, tu dulzura.*

Волинь моя, краса моя,
Земля моя сонячна.

*Mi bella Volyñ
Nuestra tierra llena de sol.*

Шумлять, колишуться хліба,
Мов хвиля в морі грається,
Моя завітчена земля
До сонця усміхається.

*El murmullo del tragal
Como olas en el mar,
Esta querida tierra florecida
Regala al sol su gran sonrisa.*

Волинь моя, краса моя,
Земля моя сонячна.

*Mi bella Volyñ
Nuestra tierra llena de sol.*

Де ще знайти таку красу?
Мов в казці намальовану,
Мов нерозплетену косу,
До серця причаровану.

*¿Dónde encontrar una hermosura así?
Como un dibujo fantástico
Como una trenza desatada
Se ha quedado en mi alma.*

Волинь моя, краса моя,
Земля моя сонячна.

*Mi bella Volyñ
Nuestra tierra llena de sol*

La quimera nacional es la misma. Esa elegancia de las espigas en nuestros versos, en nuestras banderas. Las hemos dibujado tantas veces, el lápiz tomado muy abajo remarcando cada grano. Yo, que ayer pedí perdón de rodillas (¿me arrodillé frente a una anciana que es mi tía? ¿dicen las letras cirílicas, esas arañas sobre papeles viejos, que Lena es mi tía? ¿estás segura, mamá?), yo también habito una nación de trigales. La soja, esa voracidad de agua, vino cuando los himnos ya estaban escritos, las banderas levantadas. Nada sucede como nos cuentan los libros de lectura, pero no sé cómo explicarlo parada aquí, al borde de un pozo igual al que me asomé en Brandsen para asustar y asustarme, aquí, suspendida, esperando que el balde llegue al espejo y recoja el agua con la que me lavaré el pelo de alguna manera.



COCINA DE CAL Y LEÑA

Entro a una cocina de cal y leña igual a aquella donde calmaron mi sus-
to después de inclinarme peligrosamente en un aljibe. Desayuno leche
recién ordeñada en una habitación donde nadie conoce a Evita, al Che,
a Perón. Es tan curioso, tan improbable. Aquí las discusiones se encien-
den con Merkel o Putin, vuelan chispas cuando alguien recuerda a Sta-
lin. El aire se tensa como una cuerda mientras sirven un jugo de guindas
que tiñe de rojo el mantel, las servilletas, las conversaciones. «Cuando
papá se estaba por ir, mi abuela me dejó pasar muchas horas con él».
Conozco ese mantel de hule. Las canastas de fruta sobre un cuadricula-
do azul. El ruido sordo de la madera y las tazas de lata, chocando. «Unos
días antes que ustedes se fueran, vino su hermano y trajo dulces». Us-
tedes, me dice. No soy mi mamá, Lena. «El tío nos dio dulces a las dos. Y
papá, furioso, te quitó los que tenías en las manos y me los dio todos a
mí». No voy a pedir perdón esta vez. No lo voy a pedir.



SIETE VUELTAS

Más tarde, bajo un sol frío y desconocido, viajamos campo traviesa en un Lada destartalado. Estamos yendo a misa con tíos y primas que me han brotado como un sarpullido. Quisiera decir que *Volyñ moia* es una canción de rimas tontas. Que las mujeres ya no usamos pañuelos de flores, si alguna vez los usamos. Que no vamos a misa. Que, si vamos, a la media hora regresamos a nuestra computadora o al fastidio del supermercado. Pero elijo no decir nada.

Llegamos a una iglesia que, estoy segura, he visto antes (¿en la República de los Niños, en los cuentos de hadas?), conozco esa madera azul y esa cúpula dorada, esa irrealdad. Mi pelo se seca durante tres infinitas horas de plegarias y cuadros inclinando el techo sobre nuestras cabezas. Siete vueltas del sacerdote con el bebé en brazos alrededor del altar si bautizamos un niño. Siete vueltas del sacerdote y el bebé esperando en el suelo, si bautizamos una niña.

A la salida, me hacen hablar para reírse del sonido de las vocales. Es mediodía y me han perdonado. Ahora podemos llenar ese océano que va desde el verano de 1939 a este invierno de 2013. Voces bajas. «Primac». «Novit Vir». Palabras que se susurran, como Stalin o Hitler.

Mi abuelo era un *primac*, alguien que vive de prestado en la tierra de otros, me explican y entiendo. Cuando su primera mujer muere de puro parto, Nikifor debe irse del único hogar que conoce. Su hija Lena debe quedarse: ella le asegura al linaje materno la propiedad de la tierra. Su hija es su hija, pero antes es hija del clan de su madre. Entonces,

el joven que bailaba sin preocupaciones se desploma como un gato herido. Lo reciben en la *jata* de su amigo Grilko, desde donde puede ver crecer a Lena. Pero Grilko es llamado por el ejército y parte a Novit Vir. Cuando las bombas alemanas caen sobre Novit Vir y su campo de reclutamiento, cuando vuelan por los aires los jóvenes que esperaban despreocupadamente y cuando mi abuelo Nikifor, veinte años largos, va a buscar a su amigo Grilko y recoge sus pedazos, la verdad se revela sin demasiadas vueltas: hay que huir.

Nikifor prepara su partida. Colma de dulces a la pequeña Lena antes de irse con Ana, su nueva mujer, hermana de su amigo Grilko. Se van con Yeña, la niña que selló el amor. Volinia, bella como una trenza desatada, es testigo del desgarró. Nikifor llora frente a Lena mudo de rabia. Lena grita su pesadilla y su abuela le anuncia la maldad del mundo. La envuelve en su abrazo explicándole que es mejor ese dolor que cruzar el océano y sus monstruos. Lena no sabe lo que es un océano, pero sabe lo que es un monstruo. Lena me explica que Ana, mi abuela, fue una mujer descuidada: «En Brasil murió su segundo hijo porque lo dejó caer de su regazo». Trato de corregir la versión, le hablo de la selva y la neumonía, pero no puedo demostrar lo que digo y Lena se aferra a la escena que la mantuvo viva. Unos años después de aquel barco que no podía imaginar, Lena prepara la foto. Ya no está su abuela, es una huérfana errante y, de algún modo, una mujer libre. Las familias de su aldea la han acogido y ella se fotografía, cuando sabe cómo hacerlo, tal como vive.



NOVIT VIR

Volvemos de misa para almorzar remolachas hervidas y *varenikes*. Una ricota dulce y tibia que se mezcla en mi boca con el agua guindada. Yo no estoy aquí, nunca estuve aquí. Mis primos y Lena preparan ahora la excursión a Novit Vir, no quiero ir, es una historia descuartizada, les digo o me digo, porque le pido a Esteban que no me traduzca.

Recorremos el camino de los años espiga por espiga. Las guindas se han vuelto licor. A nadie le importa una herida política que traigo en el orgullo, un barrio donde fui maestra y remonté barriletes, mis operaciones o la salud de mi madre. Me interrumpen porque no les importa o porque ya es hora de ir a Novit Vir. Hay una familia más allá de Europa, comento, pero ya están organizando quienes irán en el Lada y quienes irán recostados sobre el heno del *vis*. Elijo el carro, soy la visita y me hacen ir junto al conductor, ese silbido lo conozco, lo he escuchado en Brandsen, quiero comentarlo, pero Esteban no está cerca para traducirlo. Me ato el pañuelo al mentón a la manera de ellas y allá vamos, todo se esfuma, todo es Volinia ahora.

Aquí encontraron su cabeza, aquí su brazo. Aquí, Nikifor decidió irse. Aquí Hitler, aquí Stalin, aquí una revolución, una guerra, un soldado niño. Me lo explican haciendo con sus manos montículos de nieve. Aquí fue donde lo encontraron, aquí fue. El regreso está mojonado de cementerios, los *rushnik* sobre las cruces y otra vez las fotos, pero esta vez como cerámicas en cada sepulcro. En la Argentina ya no vamos a los cementerios, nadie me escucha. Nadie. Aquí, la tumba de Grilko. Acomodamos sus pedazos y lo vestimos con su uniforme, me expli-

can. Hitler, susurran. Stalin, responde un tío o una prima y una guerra sorda y presente y viva se desata en las afueras de Voronchin.



Vuelvo a la casa cargando nuevos muertos. Me recibe la silla vacía de Lena. Me siento en ella, mi cuerpo la llena completamente. Lena me despierta para cepillar mi pelo. El de ella ya está preparado. Es de noche y el cabello de las mujeres debe cepillarse, hebra por hebra.

La Plata, 2019



Ana, mi abuela, la segunda mujer de Nikifor, con sus hijas finales y definitivas. Zoja en los documentos, Eugenia o Yeña en el bautismo, Sofía en las aulas de Berisso. Con moño y dientes de leche, Vera, Verita. Como Lena, se enamorará de un soldado. Su historia cerrará este libro.



El abuelo Nikifor, padre de Lena, Yeña, Nicolita y Vera. Lena, la que se quedó en la aldea. Yeña, mi mamá, la que cruzó el mar. Nicolita, el que respiró el aire de la selva hasta morir. Vera, nacida en el Mato Grosso, para dejar de llorar.



Mi mamá y yo en las fiestas de la Independencia en Lutzk. Después del primer viaje en febrero de 2013, sobrevino el segundo viaje en agosto en compañía de Sofía, mi mamá, quien fue a reencontrarse, después de setenta y siete años, con su hermana Lena. Sofía volvió a ser Eugenia, Yeña en la intimidad familiar. Cuando se cruza el mar cambian muchas cosas. Los nombres, por ejemplo.





El último viaje

Un viaje por el oscuro país del calor de la estufa.

Walter Benjamin

La última vez que estuve con ella, la tía Lena preparó, detalle por detalle, un domingo en los bosques de Volinia. Cargamos en el vis un acordeón, botellas de vino y vodka, una sandía, carne lista para ser asada, pepinos, tomates, pan.

Después de misa, cada domingo, los jóvenes de la familia se internaban en el bosque con el tío Eugenio. La guerra había terminado y las canciones buscaron sus rondas. Los chicos mostraban, felices, sus piruetas. Eran los años cincuenta y los astronautas soñaban con la luna. Nadie regresaba antes que el sol.

Fue un tiempo sin preocupaciones. Después vinieron los matrimonios y los hijos, sutiles perestroikas. Los domingos se espaciaron. Un día, Chernóbil cubrió el aire de cenizas y ya no hubo domingos en el almanaque.

Pero el tiempo viaja por sus huecos. He cruzado el mar, entonces Lena prepara, detalle por detalle, la tarde que nunca compartimos. Mis primos preparan los caballos. Volodia, sus acrobacias. Yo preparo la vida que no he vivido. Una joven que se me parece se sube despreocupadamente al carro.

Esa chica de diecisiete años pasará la tarde en los bosques de Volinia.

Ucrania, agosto de 2015



Los Haduviak

Mijailko, Nicola, Stepan, Ana, María, Grilko.

Los hermanos Haduviak, de la aldea de Babie, de la tierra de Volinia.

Mijailko del año 4.

Nicola, el sastre, el que enamoraba a las mujeres con sus manos de tijeras.

Stepan. Silencio sobre Stepan. Nadie sabe. Su rastro se perdió entre las guerras.

Después vienen las mujeres. Ana y María.

Grilko, el más joven, el soldado que voló en pedazos. Una novia a punto de dar a luz, pariendo una locura.

Alina, hija de Mijail. Ana, hija de Nicola. Eugenia, hija de Ana. Silvestre, hijo de María. Lena, amiga de Grilko. Debajo del manzano, sus voces los vuelven a nombrar.

Mijailko, Nicola, Stepan, Ana, María, Grilko. Ahora las fechas del origen y la muerte. Una por una. En estricto orden.

Ana fue la última de los Haduviak, nacidos en Babie, la aldea más bella de Volinia. Nadie después de ella los había vuelto a nombrar. Hoy su hija, y la hija de su hija, rehenes de un remolino inesperado, escuchan en Ucrania, en la bella Volinia, debajo del manzano, los nombres de la estirpe.

Alina conoce el principio.

Silvestre y Eugenia traen a las mujeres.

Ana recuerda los amores del sastre.

Lena susurra el final.

Mijailko, Nicola, Stepan, Ana, María, Grilko.

Debajo del manzano. Los nombres al aire como campanadas.

Ahora sí se abre la mesa,

se sirve el vino.

Las hijas de las hijas han escuchado la historia

y todo vuelve a empezar.

Voronchin, agosto de 2015



*Nikifor Romaniuk, en el destierro que lo separó de su hija Lena,
se alojó en la casa de los hermanos Haduviak.
Se casó con mi abuela, Ana Haduviak. La distancia entre Lena y los
Haduviak se volvió, desde entonces, enorme. Cuando mi viaje los reunió,
navegaron serenamente sobre viejas heridas.*



Receta para un postre ucraniano

Un pasaje.

Ocho huevos recogidos por Natasha.

Una taza de azúcar.

Leche recién ordeñada.

Un billete de un dólar en una carta de 1952.

Un pincel de plumas para pintar los nalesnikes con manteca.

Uno por uno.

Dos tazas de mañana bien temprano.

Una tía, sus disgustos y sus indicaciones.

Tiempo detenido. Tiempo repetido.

Un fuego lento que derrita la manteca, el dólar, las indicaciones.

Servir con vodka, sin atenuantes.

UN PASAJE

1966. El viaje comienza un invierno que apenas recuerdo. Los coquitos de eucaliptus desprendían sus vapores sobre la estufa a kerosene. Mamá llegaba a la hora de ese aroma y yo le arrancaba de la mano el boleto de la línea 14 para ver si el número era capicúa. Luego lo acomodaba en la caja de zapatos donde guardaba fragatas atrapadas en monedas, botones dorados, confites envueltos en tul.



La estufa está cerca de la mesita del teléfono, donde mamá pasa largas horas hablando en ucraniano con la abuela. Su casa en Berisso ya tiene teléfono, 62236. Nosotros somos 56590. El papel amarillento que dice Voronchin está siempre allí, en el cajón que asoma debajo de la carpeta de crochet. Está escrito con letra redonda, la misma que sale de los lápices cuando mamá empuja mi mano sobre el cuaderno de caligrafía. Allí también dice Lena. Ese papel es la única prueba de su existencia.

1972. Mamá discute con la baba sobre el viaje de mi abuelo. La guerra fría ha levantado su muralla y él está decidido a traspasarla.

Viajará a Ucrania y a Lena. Mi mamá teje bufandas y medias afiebradas, dispuesta a acabar con todo el frío de Siberia.

(Las bufandas y las medias que tejió Sofía en 1973 quedaron en la aduana. Solo pudieron cruzar la Cortina de Hierro las que mi abuelo se puso en el baño del aeropuerto, unas sobre otras. Cincuenta años después aclaramos el misterio, derribamos el muro.)

OCHO HUEVOS RECOGIDOS POR NATASHA

Natasha es hija de Ruslana, la joven que cuida a Lena. Tiene cinco años y la muñeca que acabo de regalarle está en sus brazos. Ella me mira, me huele, soy una tierra extraña. Todo lo que desconoce del mundo está parado frente a ella y soy yo. La leña que crepita en el pitch supura resinas desconocidas. La chiquita me alcanza los huevos que Lena necesita para los *nalesnikes*. Mientras la tía bate la leche con los huevos, Natasha asoma su nariz y se queda como yo, quieta, aprendiendo lo que siempre será. Las yemas son redondas, pequeñas, casi rojas. Recuerdo el cajón de madera que llegaba del mercadito y los huevos manchados. Yo conozco este naranja chillón mezclándose en espiral.

Natasha ha decidido no despegarse de mí. Me acompaña a cada rincón de la aldea. Unas semanas después, nos despedimos como si yo regresara enseguida, pero no la vi más. Ya debe rondar los diez años y su padre acaba de pegarse un tiro. Quisiera escribirle en el idioma que inventamos junto a la mesa, aquella mañana. Ya no lo recuerdo.

UN BILLETE DE UN DÓLAR

Mi abuelo sostuvo su teoría hasta el fin de sus días: el dinero es la cosa más bella del mundo. Se puede morder, tocar, pesar, mandar en cartas.

Cuando le escribía a Lena, envolvía cuidadosamente un par de billetes con la carta que acababa de terminar. Era una ceremonia lenta, que repetía cada mes desde que había llegado. Cuando me mostra-

ron el dólar que mi abuelo había escondido en una carta de 1952, recordé su teoría. Nos quedamos en silencio. Ese papel tenía algo de sagrado. Los mercados lo habían olvidado, como olvidaron la guerra y las alucinaciones de los hambrientos. La seguridad de mis mayores, rota en mil pedazos, sus países lejos o desaparecidos. El billete era la única prueba de que habían existido. Cuando todos terminamos de recorrerlo, Lena lo regresó a su carta. Era un pobre papel. Antes de perderlo de vista, alcancé a ver la estampilla del sobre. Venía de mi ciudad, que por entonces llevaba el nombre de esa mujer.



SERVIR CON VODKA, SIN ATENUANTES.

Habían terminado los días de la cosecha. Los montículos de heno, las canastas colmadas y el fin del verano se celebraban en cada *jata*. Todos estaban sedientos de alcohol, de la risa que sobreviene. Volviendo a la casa, la risa de Yeñik y Ruslana se podía tocar, pero también se podía romper, y se rompió. Los gritos recordaron todos los reproches. Natasha se aferró a su muñeca. Lena ensayó explicaciones. No necesitó traductores. Las abracé a las dos. Sin atenuantes.





Canción de amor y despedida

Buscamos guardar en la retina
el instante perfecto
el tono exacto
para paladear por las tardes
ese minuto fugaz
como si estuviera vivo.

Una canción de amor sobre la estepa
para una mujer que acaba de envolver en un pañuelo
un anillo y un puñado de monedas.

Tres mujeres que preparan
la receta de la harina,
la grasa animal y las cebollas.

Una ronda debajo del manzano.
La despedida. Los augurios.
Los relatos del viaje en todas sus versiones.

Ese minuto fugaz
como si estuviera vivo.

Mañana



Siempre

La mañana y un silencio de pájaros. El mediodía y sus gritos de feria. La tarde, su abanico de tareas. La última luz, las voces como ecos. La noche cayendo sobre la mesa.

En un barrio platense de los 60, en la navidad optimista del 74, en el desamparo de los 80, en una escuela del gran Buenos Aires. En la desmesurada América. En una aldea.

El ecuador cruzando cada meridiano, señalando la ronda de los días.

Mujeres ordenando las vituallas. Sus hijas peleando otro argumento.

Un amor esquivo y una muerte.

Un chico cayéndose de una bicicleta o un caballo.

Un hombre en silencio o confundido.

Un aroma y una fruta.

Una deuda. Un secreto.

Una carcajada inesperada.

Siempre.



Soldado

*En las primeras batallas,
en las que sobreviven
y en la definitiva.
El enemigo es siempre el mismo.*

El Ejército Rojo se prepara, Pedro. Los fusiles de asalto y los tanques están listos. Han dejado atrás las murallas del Kremlin, han cruzado la plaza Roja y vienen, armados de vituallas y viejas canciones. «Difícil es llegar hasta ti, y la muerte está a cuatro pasos», cantaban entonces y cantan ahora para no rendirse al sueño y al presagio de los cuervos.

Los carros de asalto y los submarinos. Los batallones de marineros y aviadores. Ya vienen. Verás a los veteranos apretar contra su pecho los fusiles Kaláshnikov, desfilarán el misil hipersónico y el de propulsión nuclear. Ya vienen, están cerca.

Los francotiradores están apostados en las esquinas del Hospital Español. Asomate a la ventana, Pedro, verás el destello de sus miras

telescópicas. Desde aquella terraza, apuntan a tus verdugos. Vienen a liberarte. Ya vienen.

Tomarán la guardia, requisarán estetoscopios y pinzas quirúrgicas, gemidos y heridas menores, secuestrarán las rutinas de la ciudad estado. Avanzarán por los pasillos, subirán las escaleras, tomarán los tres pisos. Está todo previsto: en unas horas reducirán a médicos y enfermos, cortarán la luz y los teléfonos.

Llegarán, claro que llegarán. Desconectarán los electrodos y los sueros, los cables que cronometran tu sístole y tu diástole. El Ejército te camuflará entre las sábanas y nadie lo notará. Serás un fantasma cruzando los pasillos. Traerán cigarrillos escondidos en su uniforme, cómo podrían olvidarse, les he encargado cientos de ellos.

Dicen que al frente del ejército viene Vladimir. Dicen que pidió sus medallas y su mejor uniforme. Hablemos bajito, Pedro, que ellos no se enteren. Ya le avisé que la Unidad Coronaria está tomada por la CIA. Ya le dije que patrullan tus sueños y respiraciones. Ya vienen, Pedro, a liberarte. De los desfibriladores y los catéteres, del monitor, del oxígeno y su máscara, del conteo impúdico de tus pulsaciones.

Ya se acercan, Pedro, a acariciar tu tráquea herida, tu laringe sin voz, tus válvulas cansadas, a afeitarse tu barba, a limpiar sin muecas tus secreciones. Te llevarán a la tarde de sol en la que conociste a Vera, al puente de la Génova, al río y sus flores de petróleo. Los barriletes que remontaste cada tarde esperan en el aire de Berisso, temblando.

Todo está previsto. El mantel sobre la arena, el acordeón de Petia, el arte mayor de los hijos de Rusia. Los barcos bajarán sus escotillas, quién puede dudarlo. Vendrán el poeta y el novelista, el Che será de la partida. El comandante recuerda la hoz y el martillo en el paredón de la Hilandería, aquella madrugada. Nadie dibuja la revolución como él, dijo cuando ordenó tu rescate. Será una celebración con honores, no le huyas a esa sobremesa.

En la hora de la siesta, comenzarán las controversias. Alguien recordará tus días oscuros. No te preocupes, Pedro, el comandante los ha perdonado. Regresarán el vino y las canciones, Vera recorrerá sin

apuro el ecuador de una sandía. Cantaremos hasta que se rindan los párpados, veremos a Audrey desayunar en Tiffany's.

Cuando anochezca, el Ejército regresará a su Kremlin. Entonces cantaremos el triunfo de los camaradas. No intentes retenerlos, Pedro, la postal es tan bella: los fusiles al hombro, las espaldas fuertes, alejándose. Una vieja canción, después la nieve. Y un destello de lo que fuimos encendiéndose en la vigilia del mejor de los soldados.



Vera llegó después, mucho después. Después de Voronchin, de la guerra, después del cruce del mar. Vera llegó en Brasil para dejar de llorar a Nicolita, para acompañar a Yeña. En Berisso se enamoró de Pedro, soldado de todas las batallas.





Las palabras y los días

Todo está por construir(se). Deberás construir la lengua que habitarás y deberás encontrar los antepasados que te hagan más libre. Deberás edificar la casa donde ya no vivirás sola. Y deberás escribir la nueva educación sentimental mediante la que amarás de nuevo.

Y todo esto lo harás contra la hostilidad general, porque quienes despiertan son la pesadilla de quienes aún duermen.

Llamamiento Tiqqun

MACHA

Año 2876, mayo 1, 11:03:05. Afuera cae esa llovizna fina y fría del Río de la Plata. La llamo a Sara y le pido que me acompañe mientras programo mi holograma para que nos envuelva cómodamente a los dos. Así son las cosas. Estamos atados a nuestras pantallas, a nuestras máquinas. Ella me vuelve a pedir que abandone la idea de cambiar mi identidad; le explico, una vez más, que ya está decidido. Ella sabe que la quiero y que respeto su linaje, que siempre será mi madre, pero el

mundo ha cambiado durante la madrugada. Cada segundo cuenta. Nadie sabe qué va a pasar dentro de unas horas, esta noche, mañana. Cambiaré mi nombre. La Agencia de las Identidades recibirá mi pedido en los próximos minutos.

Todas las pantallas hablan de los sucesos de esta madrugada. El Big Bang resultó un enorme fiasco. El holograma me despertó a la 01:34:03 con la novedad. Finalmente, los telescopios transmitieron ese segundo en el que comenzó todo. Pero las imágenes que nos llegan muestran una escena vulgar. Parece que la energía y la materia, los planetas y los polvos estelares, brotaron de la chispa que se desprendió de una fogata lejanísima, encendida por un grupo de homínidos. Nuestros antepasados creando el universo. Una combustión, un choque de partículas, y las espirales saliendo despedidas: galaxias, órbitas, ondas, cromosomas, agujeros negros. En mis pantallas, cientos de voces ensayan explicaciones. Todo lo que sabemos sobre tiempos superpuestos y dimensiones paralelas no alcanza para explicar esta escena ridícula de primates alrededor de un fuego buscando piojos en la cabeza de un compañero. La chispa viene de ahí, de pronto se expande y es este multiverso. Nadie lo previó. Nadie lo insinuó jamás. Quizás Ted Chiang alguna vez, pero nadie lo ha leído.

En el museo y en las casas que rodean el parque, las luces de los hologramas titilan desde muy temprano. Las terminales están recibiendo estas imágenes inesperadas. Un clan primitivo abrió esta puerta, desplegó esta materia. Somos el viaje de nuestros antepasados. No nos gusta lo que vemos, pero eso no empaña la fiesta: hemos logrado ser testigos del acto creador. No tardaremos en descifrarlo, y alguien jugará a ser dios. Por eso debo hacerlo hoy, y quiero que Sara me acompañe. Si voy a vivir el fin del mundo o el inicio del mundo, quiero ser el que soy.

Sara se sienta al lado mío aparentando una serenidad que no le creo; estoy tentado de acariciar su cabello, pero me contengo. Hace tiempo que abandonamos ese juego infantil. Entro al holograma con esa velocidad que sigue asombrándola. En tres segundos estoy listo

para grabar las notas que exige la Agencia de las Identidades. Las he preparado con cuidado, debo dar una explicación razonable sobre mi cambio de nombre y linaje. El holograma silencia los demás programas. Sara exagera un suspiro. Su desacuerdo me molesta más de lo que pensaba, pero comienzo a hablar igual.

«Dejo mi nombre Díada, impuesto por mi madre Sara al nacer en homenaje a sus dos madres, Tiara y Miríada, para tomar como nombre Macha, en homenaje a la bandera que se encuentra en custodia en mi casa y que perteneció a los Antiguos. La bandera de Macha recuerda la gesta de un guerrero de nombre Belgrano, quien luego de las derrotas en Vilcapugio y Ayohuma hizo esconder el estandarte para que no cayera en manos realistas».

Sara me mira con esos ojos abiertos y redondos que pone cuando no entiende las palabras. Ella no sabe qué es un estandarte ni conoce a Belgrano, jamás escuchó hablar de los realistas, no diferencia pueblos ni períodos de la Era Antigua. No sabe que Argentina fue una identidad desesperada, para ella es apenas un aire familiar, el nombre de un río o una avenida, ¿cómo puede vivir así?

«Elijo como linaje Lezama. En el museo de este parque los pueblos australes guardaban las reliquias de sus guerreros. La humanidad no contaba entonces con archivos tridimensionales, aquí está lo poco que nos queda de los Antiguos del Sur».

Sara se levanta. Va a servirse su dieta, como cada vez que se enoja conmigo. Mezcla las semillas con el suero agitando el brazo como una desquiciada. Sé que está repasando mentalmente las leyes del autocontrol, una por una. Ya no soy un chico, pronto entraré en la adultez, pero me sigue tratando como si fuera su cachorro. Cambiar su linaje por uno que para ella no tiene ningún sentido la pone furiosa, pero no quiere decírmelo.

«Díada Sara ha dejado de existir, bienvenido Macha Lezama, cariotipo XY, competencias en historia antigua y programación nivel inicial, demás registros a la vista», dice el holograma antes de fundir a negro la interfase con la Agencia de las Identidades. ¿Nivel inicial? Nadie co-

noce a los Antiguos del Sur como yo. Los algoritmos calculan ese nivel por mi edad. Sé que apenas tengo 33 años y que, si este mundo logra sobrevivir, me espera una década de aprendizajes. Pero a quién le preocupan los algoritmos ahora.

SARA

Macha, querido, si ahora tengo que nombrarte así, así lo haré. Tengo algo importante que decirte. La Agencia de las Ruinas se ha contactado conmigo; en realidad, con todas las comunidades del museo. Nos han propuesto abandonar el museo y el parque para convertirlos en reserva, ellos se harían cargo de todo. Con esto del Big Bang hay un interés enorme por los Antiguos, es lógico ¿no? Tantas especulaciones, para encontrar finalmente a esos seres primitivos detrás del punto alfa. Qué raro resultó todo. Pero supongo que no hay de qué preocuparse, ¿o sí?

Hay algo más: a nosotros nos ofrecen quedarnos como colaboradores de la Agencia. Ellos están al tanto de tus conocimientos, han leído tus notas, han visitado tus teorías. Quieren que te quedes y me suman a mí para acompañarte. Te pagarán mucho más de lo que has recibido hasta ahora por tus artículos para la red. A los demás los trasladarán a las islas. El Delta se ha puesto precioso con sus aguas danzantes y sus mercados acuáticos.

¿Viste las pantallas? Están llamando a todos los expertos en historia y religiones primitivas. Yo sabía que te iban a contactar. La Agencia necesita colaboradores como vos. Hemos dejado atrás religiones y profetas, fronteras y gobernantes; sabemos controlarnos y manejar comportamientos negativos. La humanidad disfruta una era de armonía, pero han aparecido estos seres horribles y necesitamos que nos orienten. Nunca entendí tu afición por los Antiguos, ahora la agradezco tanto.

Macha, no hay mucho que decidir, lo que nos proponen es la mejor opción. Vas a seguir haciendo lo que más te gusta. Tu conocimiento es ahora tan necesario. Las respuestas están aquí, en tu cabeza. Serás alguien muy famoso, estoy segura. Estoy tan orgullosa de ser tu madre.

MACHA

Sara otra vez. No entiende nada, no se da cuenta de nada. La Agencia de las Ruinas jamás demostró interés por la región Sur. Si la agencia existe es por nosotros. Los que deambulamos por las ruinas ya nos conocemos, solemos encontrarnos en nuestras recorridas. La Agencia nos abre las pantallas desganadamente. Cuando programamos nuestros hologramas para vivenciar un viaje, sabemos que alguno estará dando vueltas por los mismos lugares. Cruzamos notas, descubrimientos.

Las reservas paleolíticas que la Agencia custodia son muy pocas: Altamira, Stonehenge, Cueva de las Manos. Los que las visitamos conocemos muchas más, hemos mapeado miles de sitios. John, el australiano, busca cuevas y campamentos de homínidos desde muy joven. Gracias a él, hemos localizado infinidad de lugares, pero la Agencia nunca los reconoció. Las imágenes que devuelve el telescopio no provienen de ninguna de las reservas. En nuestros archivos tampoco encuentro esa llanura, esas elevaciones iluminadas por un atardecer ancestral. Con John estamos intentando dar con las coordenadas. Pero quién puede asegurar que se crucen en este mundo, en esta línea de tiempo.

El viejo John está por cumplir 170 años, su vida se está apagando. Soy su único discípulo, todos huyen de su pesimismo. La Agencia del Autocontrol cataloga el interés por lo antiguo como «comportamiento inusual». Nos han invitado de todas las maneras posibles a elegir otras colaboraciones al Plan Civilizador. Cuando llegan esas invitaciones, compartimos los insultos que no proferimos. Hace un

tiempo, la Agencia dispuso mi traslado a las fronteras de la ciudad «para que realice una experiencia primitiva con los que aún no se han sumado al Plan, así desiste usted de estos estudios inconducentes». El australiano hace tiempo que vive en los basurales de Melbourne por indicación de la Agencia del Autocontrol. Nunca le conté a Sara estas cosas, ni ella me las pregunta. Supongo que las sabe, las grito en mis pesadillas.

Las agencias de noticias necesitan una explicación razonable. La vulgaridad de la escena de la creación las atormenta. Por eso la Agencia de las Ruinas nos busca. Sara me lo comunica como un gran acontecimiento, pero algo no está bien. Esperemos que lleguen y vemos, es la respuesta que le doy para ganar tiempo. Esperemos que lleguen, me responde, mientras va y viene por la casa con esa ansiedad que conozco de memoria.

VIDA

Vida vino a hablar del Big Bang y se encontró con mi cambio de nombre. Ella también vive en el museo, lo recorre conmigo desde nuestros primeros juegos. Es la única que se interesa por mis historias, al menos eso aparenta. Nuestras charlas siempre terminan con una intensa actividad sexual. Muy pronto se olvidará de mí, no soy lo que se dice un joven atractivo. «Macha, Macha, Macha», susurra Vida en mi oído. «Macha», dice Vida, suena tan bien. Le cuento lo que nos proponen. Me quedo con ustedes, me dice. Jamás ha desconfiado del mundo. El mundo, hasta ahora, no le dio razones.

Sara celebra que Vida esté de su lado, supongo que le gustaría tener un hijo igual de predecible. Vida la sigue en sus idas y vueltas por la casa, quiere saber detalles. Aprovecho la conversación de las mujeres para volver al holograma. John me está enviando sus hipótesis. Él cree, como yo, que el mundo se crea a sí mismo en momentos que parecen triviales pero que obedecen a un patrón desconocido. John

corrige sus ideas, les agrega detalles, me las vuelve a mandar. Me pide que me concentre en la rueda de homínidos, allí está el secreto.

Miro otra vez la escena del Big Bang. Son ocho criaturas alrededor de las llamas. Cuatro buscan distraídamente piojos en alguna cabeza cercana. Cuando los encuentran, los aplastan entre los dedos. Estos insectos fueron exterminados hace cientos de años, la escena resulta repugnante. Los otros cuatro miran atentamente el fuego. Es evidente que no hace mucho que lo dominan. Hay un espécimen que, además, mueve sus labios. Por la textura, juraría que es un cariotipo XX. Aumento píxeles, subo decibeles, me acerco. Sus labios se mueven. La lengua se detiene en el paladar, se suelta, aparece bajo los dientes. Brota un sonido. Vuelve al paladar, vuelve a bajar. Otro sonido. Una hembra pequeña deja de mirar el fuego y gira su cabeza en dirección al primer verbo de la historia de la humanidad. La chispa se desprende en ese momento y se cruza en el camino de la Palabra.

Cierro todas las pantallas. Trato de comprender lo que acabo de presenciar. Miro la casa, los sables en las paredes, los cuadros ajados, las pruebas toscas y descoloridas de lo que alguna vez fuimos. Regreso a la pantalla central, busco a John. El origen del mundo es decir el mundo. El origen del mundo es decir el mundo. El origen del mundo es decir el mundo. Él ya lo sabe. «Vendrán a buscarte, querrán saber cómo hacerlo, es lo único que les falta para convertirse en dioses. Pero te vas a adelantar. Lo harás antes que ellos». Su voz es casi inaudible, su vida se está apagando irremediamente.

El australiano me pide que encienda un fuego en las terminales de energía de mi holograma. Un segundo después, la señal se interrumpe. No pierdo el tiempo en comprobar lo evidente. Quedo a cargo de la ceremonia. Si los colaboradores de la agencia llegan antes, el mundo será creado a imagen y semejanza del Plan Civilizador. Todo volverá a construirse. El mundo y sus reglas. La lengua con la que hablamos. La forma en que amamos. El viaje llevará la marca de la Edad Avanzada. Desde el primero hasta el último de sus cromosomas. Ten-

go que decir el mundo antes que ellos. La vida, estoy seguro, no es esta asfixia.

Enciendo las llamas de las terminales, pero, para que el fuego chispee, necesito alimentarlo a la manera de los Antiguos. Busco con la vista, en este mundo incombustible no encuentro una maldita cosa que se prenda fuego. Voy por la hojarasca del parque. Sara y Vida detienen su charla para acompañar mi desesperación.

SARA

Sé que no me estás diciendo todo, querido. Cuántas veces me pregunté si no padecías algún tipo de locura. He tratado por años de aliviar tus asfixias, me ocupé cada noche de refutar tus delirios. Hoy desperté en tu infierno.

Vida, Vida. Macha nos está pidiendo algo que se pueda quemar. El fuego se está apagando y Macha no sabe cómo seguir. Las hojas del parque no sirven, la lluvia las ha empapado. Vamos por la bandera de la vitrina. Macha necesita ese paño reseco, los guerreros que allí dormitan.

Rompo la vitrina, mis manos se tiñen de la sangre que jamás he visto. Corro hacia Macha mientras busco las palabras que nunca me enseñaron, no sé cómo se dice que nadie nos ha cuidado, que el mundo es un lugar inhóspito. Le entrego la bandera. Cuando la deposita sobre las llamas, el fuego toma fuerza. El espectáculo nos hipnotiza a los tres. Somos una rueda de homínidos, reunida por primera vez.

MACHA

Los veo llegar. Los colaboradores, con sus uniformes blancos, se dirigen decididamente hacia aquí. El fuego amenaza con apagarse, las hojas del parque que me acerca Sara están demasiado húmedas. Re-

cuerdo entonces la llovizna de esta mañana. Soplo como soplaban los Antiguos, como soplan los desesperados. Sara corre hacia la sala y regresa con la bandera. He deseado tocarla toda mi vida. Ahora está en mis manos, resquebrajándose, convirtiéndose en polvo. Alimento el fuego con sus girones, las llamas resurgen entre sus pliegues.

Dos hombres y una mujer llaman a través de los cristales, pero el fuego nos hipnotiza y los ruidos se desvanecen. Sara, Vida y yo. Una tribu nueva y efímera. Ya he ingerido la dieta que ayuda a morir sin desórdenes molestos. En unos minutos, comenzarán los efectos. Los colaboradores traspasan la entrada del museo sin dificultad, han accedido a nuestras claves. Mientras un ejército silencioso se distribuye por el parque, la mujer se adelanta, sonriente.

Me queda solo este instante. Sara camina en dirección a la mujer. Cuando creo que va a entregar nuestras vidas, la distrae con saludos y cortesías. Los hombres la empujan con violencia y corren hacia mí. Mi cabeza se llena de chirridos insoportables. Vienen a detenerme. Entonces, el fuego comienza a crepitar. Las chispas vuelan y Vida ríe. Susurro la Palabra. Vida la escucha. Una chispa se cruza. Si mis cálculos no fallan, he lanzado mi serpentina hacia su viaje helicoidal. Abro mis ojos a un cielo de fuego. Agradezco todo lo descubierto, todo lo creado. Alcanzo a quemarme en este magma recién inventado antes del derrumbe de mis párpados. Mis ojos funden a negro la interfase con este mundo mientras creo escuchar los gritos de Sara. Levanto mi mano para acariciarle el cabello, pero la oscuridad me vence, nos vence.

El origen del mundo es decir el mundo.

Ted Chiang

LA HISTORIA DE TU VIDA

En el parque Lezama de la ciudad de Buenos Aires, sobre las antiguas barrancas del río, está emplazado el Museo Nacional de Historia. Entre sus reliquias, se destaca la bandera de Ayohuma, una de las banderas conocidas como banderas de Macha, porque permanecieron enrolladas detrás de unos cuadros en una capilla de Macha (actual Bolivia) hasta 1885. Luego de las derrotas de Vilcapugio y Ayohuma en 1813, el ejército realista no pudo hacerse del estandarte de los vencidos porque el Ejército del Norte escondió su bandera en la capilla de Titiri, un pueblo cercano. Esa bandera fue recuperada junto con otra, de batallas desconocidas, 72 años después. El protagonista de esta historia vive en el museo y conoce el extraño periplo de la bandera que todos han olvidado. La historia completa en <https://museohistoriconacional.cultura.gob.ar/noticia/las-banderas-de-macha/>



Peces y humedades

El pez no se sabe húmedo ni mojado. Él es y existe mojado.
De qué estaremos humedecidos nosotros, de qué estaremos mojados.
Qué es lo que no sabemos.
Qué vida nos estamos perdiendo.
Qué respuesta a todas las preguntas nos rodea, inalcanzable.



Dunne

*Un día los peces del mundo abrirán sus bocas
en un bostezo único y gigante.
Y se tragarán la Tierra.*

Dunne asegura que en la muerte aprenderemos el manejo feliz de la eternidad. Recobramos todos los instantes de nuestra vida y los combinaremos como nos plazca. Dios y nuestros amigos y Shakespeare colaborarán con nosotros.

J. L. Borges
EL TIEMPO Y J. W. DUNNE

Libros de la travesía



LIBROS DE LA TRAVESÍA

Los libros que me acompañaron completan los vértices de estas historias y el relieve de estas geografías. Aunque casi todos fueron escritos por varones, las mujeres protagonizan, a los codazos, varios relatos. Escribe Carroll, enloquece Alicia. Escribe Sábato, padecen las Madres y Abuelas de Plaza de Mayo. Escribe Walsh, deambula el cadáver de Eva. Les dejo la lista de los libros de mi travesía. Incompleta, claro, el ecuador de este planeta aún no se ha cerrado.

En un hostel de Pátzcuaro, México, los libros que dejan los huéspedes se pueden llevar, siempre que uno deje otro a cambio. Gracias a ese enroque, me encontré con Último round. Cortázar me acompañó por las rutas de Michoacán, lugar al que viajé cuando este libro ya era una posibilidad. No sabía cómo explicar que la justicia social es la razón última de toda palabra. Hasta que leí este libro.

Julio Cortázar
ÚLTIMO ROUND

Conocí la enciclopedia china de Borges en el prólogo de *Las palabras y las cosas*, hace ya mucho tiempo. Recuerdo el tamaño del libro, la aspereza de la hoja, mi repaso de cada frase. La ciencia se derrumbaba ante mis ojos. El orden de mi vida, los argumentos que me acompañaban, los dioses que había erigido.

Michel Foucault

LAS PALABRAS Y LAS COSAS

John Berger me enseñó a escribir con imágenes. Di los primeros pasos de esta experiencia de su mano. Luego vinieron los videos, la música y los hipervínculos, pero todo comenzó con el pastor que se puso su mejor camisa para que Berger lo fotografiara.

John Berger y Jean Mohr

OTRA MANERA DE CONTAR

Volví a la ciudad que conocí en mi infancia, a sus pocos autos, a sus pinceladas de cal o petróleo pidiendo el regreso del general. La visité como Benjamin visitó Berlín. En La Plata y en la capital de Alemania, el algodón de azúcar, la emoción de saborearlo. La ciudad de la infancia es la misma para todos, se viste de algún nombre solo para tranquilizarnos.

Walter Benjamin

INFANCIA EN BERLÍN

Escritores en la resistencia y los regresos. Peronistas en las metáforas y las aliteraciones. Cuando estaba a punto de abandonar estas ideas, apareció Marcelo Figueras.

Marcelo Figueras

DEL PERONISMO COMO RAMA DE LA LITERATURA FANTÁSTICA

En las primeras páginas de *Operación Masacre*, choqué de frente con un nombre familiar y cercano. Con Walsh, supe lo que escondía la bodega de mi barco.

Rodolfo Walsh

OPERACIÓN MASACRE

Volví al Centenario de La Plata, a los altoparlantes que anunciaban su descuartizamiento. Parada nuevamente sobre aquella torta descomunal, recordé el cadáver de Eva. Esa mujer.

Diario Contexto

"EL OTRO CENTENARIO"

Rodolfo Walsh

ESA MUJER

Mary O'Graham me convocó a su tsunami civilizador. Me sumé a sus filas, levanté sus banderas. Cuando caí de ese transatlántico, me salvó un ruso que lloraba de impotencia pedagógica. Aferrada a su balsa, llegué a tierra firme.

Anton Makarenko

POEMA PEDAGÓGICO

Bienvenidos a las tierras planas.

Gastón Bachelard

EL AGUA Y LOS SUEÑOS

Juan José Saer

EL RÍO SIN ORILLAS

Ricardo Güiraldes

DON SEGUNDO SOMBRA

Ciudades pardas. Ciudades infinitas.

BLOG CONURBANOS

He recorrido Córdoba, San Luis, el oeste bonaerense, nunca la encontré. No hay rastros, ni rumores, ni ruinas. Apenas alguna hondonada extrañamente humana. Conocí la Nación Ranquel gracias al libro que la dibujó ante mis ojos. Aquí vivieron, escribe Mansilla. Me muestra una muñeca vestida con el manto de la virgen, las ceremonias de Mariano Rosas, las profecías de sus mujeres. Si cierro el libro, el mundo ranquel desaparece. Mansilla los abriga del precipicio, de los siglos, de la ingratitud de esta llanura.

Lucio V. Mansilla

UNA EXCURSIÓN A LOS INDIOS RANQUELES

Viví este infierno. En sus pliegues se apilaban cadáveres, órganos mutilados, huesos sin nombre. Con el correr de los años y los gritos, los desenterramos. Cuando supe de Blaquier y sus poesías, volví sobre mis pasos.

NUNCA MÁS

En el año 2013, viajamos por América en una camioneta destaralada. De La Plata a Tucumán, de allí a Bolivia: Potosí, Vilcapugio, La Paz. Luego Perú, ese mendigo sentado sobre un tesoro. Las murallas de Chan Chan, las pirámides del Sol y de la Luna. Más allá Ecuador, su columna vertebral y sus volcanes. Después Colombia, Pablo Escobar, Pasto, Silvia, Medellín y Cali. El Campín de Bogotá, la virgen de la Candelaria, Cartagena, Santa Marta. Las barcas de madera en la noche de Taganga y Mendihuaca. Detrás de una frontera de bidones y combustible, Venezuela en el revés de las noticias, en la paz de sus autopistas y sus selvas. Tres semanas más tarde, Brasil, su río y su arcilla interminable. Los remolinos, los puentes rotos. El apocalipsis en los pantanos del Mato Grosso, la resurrección en Pedro Caballero. El viaje del Che, de Kusch. Julio me lo había anticipado.

Rodolfo Kusch
AMÉRICA PROFUNDA

Julio Cortázar
APOCALIPSIS DE SOLENTINAME

Quiero inventar los días que vendrán. A la manera de Chiang.

LLAMAMIENTO TIQQUN

Ted Chiang

LA TORRE DE BABILONIA - LA HISTORIA DE TU VIDA

El 10 de diciembre de 2015, me desperté en otro país. No me había movido un centímetro de mis lugares, pero me atropellaban noticias extrañas. Que lo decapiten, decía la ministra. No te levantes, no escribas, no respires, no denuncies. Serás la próxima, me decían los naipes. Como Alicia, quise hacerlos entrar en razón. Como Alicia, quedé atrapada en el espejo.

Lewis Carroll

ALICIA A TRAVÉS DEL ESPEJO

Supe de un viaje parecido al que emprendimos aquel diciembre, lo que me ahorró explicaciones. *Nolite te bastardes carborundorum*. No dejes que los cabrones te hagan polvo.

Margaret Atwood

EL CUENTO DE LA CRIADA

Ordené estas memorias meticulosa y obsesivamente. El inicio, el final, los días que esperan su hora. Cuando terminé y levanté la vista, estaba frente a la casa de verjas blancas donde pasé mis primeros años. El orden resultó muy perturbador. El alivio vino con Dunne.

J. L. Borges

EL TIEMPO Y J. W. DUNNE

No sé qué es un libro. Nadie lo sabe.

Marguerite Duras

ESCRIBIR

Navegar un libro.

Paloma Suárez

FRAGMENTARIA

Facultad de Periodismo
y Comunicación Social, UNLP

70 OCTUBRES

Cuando un hombre está durmiendo tiene en torno, como un aro,
el hilo de las horas, el orden de los años y de los mundos.

M. Proust

POR EL CAMINO DE SWANN

El oficio de escribir.

Vladimir Mayakovski

CONVERSACIONES CON EL INSPECTOR FISCAL SOBRE POESÍA

Diario de un libro web



Diario de un libro web

LOS LIBROS NO EXISTEN

*¿Me estás diciendo que este libro no va a estar en papel?
Entonces no existe.*

Sofía Romaniuk Chomyk, mi mamá

No sé qué es un libro. Nadie lo sabe.

Marguerite Duras

ESCRIBIR

Me he preguntado muchas veces cómo fueron posibles aquellas madrugadas. El velador encendido, la cama fría pero acogedora, mamá del otro lado de la pared gritando que apagara la luz. Yo allí, sin anteojos ni lupas, sin pasado ni futuro, un camisón de lanilla y *nylon* con

osos celestes, un ladrillo envuelto en diario, las aventuras de Huckleberry Fynn. Mi cama era un río caudaloso, marrón, con una isla central de dimensiones gigantescas. Huck me esperaba allí, agazapado, yo me deslizaba entre los juncos, entre las sábanas, hasta que una proclama maternal y furiosa me regresaba a la calle 21. Por la ventana de la noche, se escapaba un esclavo con las manos atadas a su espalda.

Horas, horas, horas. Selvas, ríos, barcos con ruedas chorreando agua hasta que la luz de la mañana le devolvía a la habitación su estado sólido y geográfico. Pero el sol se ha convertido en una luna fría. Hoy no puedo leer más de diez renglones seguidos. Facebook me irrita con sus historias de perros perdidos y cuerpos enfermos, salto a Twitter, alcanzo la valla de cinco minutos sin levantar la vista. Luego de ese tiempo, necesito algún video que me anuncie que Macri está por terminar. Unos pocos segundos y el video llega a su fin. Salto a Instagram y sus playas. A Crónica y sus placas absurdas. A mis amigas probándose vestidos, envío una carita de aprobación y salto. Voy a los correos de mis estudiantes, leo sus trabajos de administración. Un *aprobado* y salto.

¿Cuándo fue que dejé de leer? ¿Cuál fue el último libro que recorrí de principio a fin, mi nariz sobre su prólogo, su tapa y su olor? ¿Cuándo fue que dejé de escribir? ¿Cuál fue el último cuento que dibujé con tinta, letra por letra? ¿Existieron alguna vez los libros? ¿Se siguen publicando? La Feria del Libro es un recuerdo lejano.

He cruzado los Alpes, he navegado el Misisipi. He leído la viudez y los motines en las hojas gigantescas del diario *El Día*. Asistí a cada estreno de Hollywood, los codos negros de tinta. He devorado recetas, papeles brillantes, biblias, señaladores, tapas de *long play*. Estampas de comunión. Revistas del corazón. La colección Robin Hood, completa. Johnny yendo a la guerra. Hesse, Dostoievski, el evangelio latinoamericano, Helder Cámara. William Irish y Morris West. En un basural, rescaté los cuadernos del Centro Editor de América Latina. Los leí en secreto. El mundo era una hoguera de papel.

SOLEDADES

Las pantallas se presentaron un día que ya ni recuerdo. De pronto, una superficie luminosa, escribir, subrayar, borrar sin dejar rastros. El chillido de agujas de la impresora, sus hojas impecables, nos trajeron la novedad de los libros a medida, pero la impresora corrió la suerte de la máquina de escribir. El monitor se volvió delgado como una rodaja. Me pregunto cuándo fue que llegó esta vida.

En este mundo y, así las cosas, me propongo escribir un libro de pantallas. Voy en busca de María Marta para volver a las palabras y de Eugenia para encontrar la voz. Busco a Agustina, Adriana, Florencia, Paloma, Laura, Agustín. Les cuento el proyecto, sus mil versiones. Livraga espera a su abogado. La maestra renuncia a los pupitres. Lena recrimina y se esfuma, el soldado da batalla y muere, yo insisto. Necesito pantallas, *links*, electrones contando estas historias. Lo pido una y otra vez. Durante este viaje, las semanas se vuelven meses; los meses, años. A veces dejo de intentarlo. En esos momentos, me abrazo a un tarro de dulce de leche: lo devoro a cucharadas mientras Lolita Torres canta sin besar a nadie.

Dormito para olvidarme del libro y de la cocaína que me despertó aquel sábado; él, en la puerta, a los gritos sus puños de sangre, derribándome. Me detengo antes de recordar el frío de las baldosas. Otra vez es sábado, su hija está conmigo, estamos esperando que regrese, que regresen los ojos. Quise abrazarlo entonces, quiero retenerlo ahora, pero no es tan fácil. La madriguera de luces nos cobija, a ella le gusta verme escribir. Soy Livraga, Lena, Sacramento, soy el agua de este río. La chiquita entrecierra los ojos y se queda dormida. Ninguna inundación la alcanza, ninguna sobredosis. Ella no lo sabe, afuera de este nido sopla el infierno.

La derrota se expande como una mancha de aceite. He recibido de nadie la noticia que ya todos saben: mi libro no existe ni existirá jamás. Yo conozco esta noche. Este cansancio, estas ganas de abandonar todo.

MAPA ESTELAR

*Una combustión, un choque de partículas,
y las espirales saliendo despedidas:
galaxias, órbitas, ondas, cromosomas, agujeros negros.*

Claudia Bernazza

LAS PALABRAS Y LOS DAS

Conozco un libro interactivo como el que estás imaginando, me dice Florencia. Pongo libro interactivo en Google y dios me devuelve imágenes de conejitos de algodón pegados sobre tapas de cartón, chanchitos que lloran por su madre cuando alguien les aprieta la panza. Siguen los links y me sumerjo en un mundo de jóvenes. Ellos apuntan con sus rayos láser, vuelan, saltan edificios. Matan gente. Escupen mariposas. Todo es tan real en sus videos. Un millón de visitas. Cuatro millones de visitas. Congresos de *youtubers* y fanáticos que deliran, montañas de dólares en publicidad. Mis papeles están vencidos en esa aduana.

Florencia, que sabe lo que busco, me habla de *Fragmentaria*. Paloma Sánchez lo preparó para presentarlo en el Concurso de Libros Interactivos de México. Ganaron los videos multicolores, pero no se dio por vencida. Volvió a la Argentina a defender lo jamás inventado. Cuando supe por ella que nuestros libros existían, ubiqué los cuentos de *Las palabras y los días* sobre un mapa imaginario, casi un planeta. Después, fui en busca del pincel que pudiera dibujarlo.

Agustín tiene una caja metálica repleta de lápices Staedtler, esos lápices pintados con laca roja y negra que se deslizan como si la hoja fuera de seda. Él les saca punta con cuidado obsesivo, me gusta pincharme la yema de los dedos con ellos. Le alcanzo uno. Le pido que dibuje lo que apenas puedo balbucear. Agustín, el mapa es una serpentina. Soy platense, nací a orillas del Río de la Plata, ese es el punto de partida. Dos estudiantes de la escuela Comercial. Un matrimonio de los años 50 con cubiertos de alpaca y manteles bordados, ¿podés dibujar ese mapa?

El espiral se ensancha hacia arriba y hacia los costados, llega a la otra orilla. Al tomar altura, podemos ver ese puñado de mujeres lavando en el río. El espiral se estira: Tucumán, Iruya, Bolivia, el Tawantisuyo.

Nuestros ojos se fijan sobre lo blanco y no hay estudio ni caja de lata ni lápices, solo un viento sobre el mapa, un barro corrugado, una mujer llevando flores en su bolso. No hay huellas que podamos seguir ni manual de instrucciones. Estamos solos bajo la punta filosa del lápiz, somos caminantes de una playa, navegantes de un río. La Plata es una piba a punto de hacer sus deberes, le enseñamos a sacar punta y seguimos. Sacramento es una ciudad y una niña, la besamos y seguimos. Una noche oscura y las sirenas de una fábrica. Un poema horrible. De mi pulgar brota una gota de sangre.

Agustín me entrega, exhausto, el planisferio terminado. Han pasado meses o siglos, está más viejo. Al filo de la tarde, somos cartógrafos experimentados. El planeta tiene cuatro continentes: el río, la selva, la nieve, un archipiélago. Solo falta que el mundo web me deje pasar con este mapa y este pasaporte vencido.

LIBROS DIGITALES

Las redes son una galaxia, tibia a veces. Busco mi madriguera, una cierta camaradería. Una página de Facebook me invita a unirme al grupo de *wasap* LIBROS DIGITALES. Un aire conocido en el país de las frases breves. Acepto la invitación. Me interno en esa selva con mi lista de preguntas.

Hola, soy Claudia Bernazza, de Argentina. Me saludan desde Colombia y España, México y EE. UU. Quiero publicar un libro, escribo y me detengo (¿novela? ¿cuentos? ¿frases? ¿poemas? He perdido las precisiones y las brújulas). Quiero publicar un libro que se navegue como página web ¿alguien puede mandarme ejemplos de libros escritos así? En lo posible en lenguaje html5 (Paloma me habló de ese lenguaje). Colombia no sabe qué decirme. España guarda silencio,

México me envía tres libros en ese lenguaje, idénticos a mis textos en Word. Podrían haber justificado el margen derecho, desidia digital.

Los libros de Jorge Bucay se abrazan con los de Jonathan Swift. Seis rituales para atraer dinero y, a continuación, una novela de Danielle Steele. Llega un pdf tras otro y mi celular ya guarda más libros que la biblioteca del Trinity College, ese tesoro de Dublin. México trae a Rulfo y, Colombia, a García Márquez; Borges reaparece cada tres mensajes.

Acumulamos libros en minutos. Una montaña de páginas que nadie podría leer, aunque viviera diez vidas. Un grupo de *wasap* para desear leer, para no hacerlo. ¿Alguien tiene los libros de Paulo Coelho? Los pdf se suceden a la velocidad de las liebres. Cómo curar el insomnio, adelgazar, migrar sin papeles. Cómo tejer una manta, cómo prender un fuego.

Me bajo de ese vértigo. El capitalismo es un mundo raro: hemos dejado de leer, pero no de acumular. Antes de irme, pregunto una vez más: ¿alguien ha leído un libro de pantallas desplegado como un mapa?, ¿alguien, al leer, se hundió en un pantano o un sótano para aparecer en otro cuento?, ¿alguien ha perseguido al conejo?, ¿alguien lo ha visto?

Perú postea un libro de Vargas Llosa. Me voy sin saludar.

UNA CÁSCARA DE NUEZ EN LA TORMENTA

A punto de abandonar todo, descubro otro libro navegable. Ni un posteo ni un video: una historia bien contada dejando su estela de carbonilla. Cuando Carlos y Patricia me presentan *70 Octubres*, lo recorro vorazmente. Me explican que, en realidad, es un sistema multiplataforma. Es un libro web, insisto, me resisto.

Me decido a hacer el viaje. Llevo conmigo el rumor de lo aprendido. Cuando paso la rompiente, me hundo en un pacífico de tormentas. Navego a ciegas. Dejo caer toda idea de perfección, voy desechando ese sobrepeso. Mi barco se bambolea, vomito a veces, arranco de nuevo. La ansiedad no cede, quiero descubrir una isla, dejar mis palabras

en su arena. Sueño con otro náufrago, perdido como yo, que las encuentra y las lee. Este libro tiene que suceder, va a suceder.

Busco “cómo se hace un libro” en los deltas de Youtube, encuentro viejas lecciones de encuadernación. Busco libros interactivos, una vez más. Busco arte web, haz tu propia página, dos, tres, veinte solapas abiertas en mi monitor. Quiero hablar con alguien, con una voz medianamente humana que me explique, las pantallas me devuelven avatares imposibles: Katy, Jhon2001, *wonderdesign*.

Me acostumbro al naufragio. Las mujeres del Este se pierden conmigo. Cargamos cientos de cosechas, miles de *varenikes*, un ternero a salvo de las granjas stalinistas, bordados, ruelas, escarpines. Las guerras han cruzado a esas mujeres hasta el día de su muerte, ninguna se rindió. Sigo abriendo solapas, sigo buscando. Las palabras encontrarán su rumbo, los días también. Estoy segura.

TRAVESÍA

Cuando un hombre está durmiendo tiene en torno, como un aro, el hilo de las horas, el orden de los años y de los mundos.

M. Proust

POR EL CAMINO DE SWANN

Buscando puertos, encallo en costas desconocidas. ¿Quiénes son estos habitantes del mundo? El anillo de horas y paisajes se ha ampliado hasta el infinito. Nadie conoce a Audrey, su desayuno en Tiffany’s es una foto descolorida. En un tiempo, ella ocupaba todos los casilleros: su melena corta al viento, Roma y Gregory Peck. Sobre las fotos del periodista guardadas en un sobre, se superpusieron miles de fotografías y una guerra en Vietnam.

Luego, comenzaron a cavar estos túneles. Al principio, eran unos topos de la NASA o del Pentágono, no recuerdo bien. Jeroglíficos que apenas entendíamos en teclados nuevos, en pantallas de TV relucientes. Luis me mostraba sus habilidades en la Commodore. Sus largas series de ceros y unos, ese lenguaje estúpido ¿a dónde podía llevarnos? En el Liceo Víctor Mercante, los preceptores habían desaparecido o andaban armados buscando sospechas.

Gregorio, su bigote del CNU, entonces callábamos. En el sótano de nuestras vidas cantaba Manal. Nos subíamos a su tren y escapábamos. Los años se llevaron las dictaduras, aunque no todas. En el camino, todo se ha vuelto pantallas. He escrito estas palabras y estos días para que se presenten en ellas.

DOLORES DE PARTO

...los animales se dividen en a) pertenecientes al Emperador, b) embalsamados, c) amaestrados, d) lechones, e) sirenas, f) fabulosos, g) perros sueltos, h) incluidos en esta clasificación, i) que se agitan como locos, j) innumerables...

J. L. Borges en M. Foucault

LAS PALABRAS Y LAS COSAS

Llega el turno del diseño web. Buscamos a Laura. Cuando ella va y viene por los mensajes de wasap y los correos, nos llama al orden. Necesitamos los archivos en carpetas prolijas y numeradas, dice. Entonces comienza otro viaje: trazar, como en mis días de administración pública, un organigrama. Cada capítulo con sus cuentos. Cada cuento con su texto, su arte y sus imágenes. Los cruces, los vínculos, ya los traerá la marea. Los logos de la editorial, los videos que hicimos una mañana con Eugenia y María Marta a manera de prólogo. Necesitamos car-

petas que puedan guardar esta espuma. La galería de imágenes, los bosquejos, las cartografías. Me invade el fastidio de no encontrar las fotos que el libro me señaló alguna vez. Paloma me lo había anunciado: vas a tener que ordenar archivos, vas a tener que buscar fotos con mejor definición. Armo un catálogo, fundo una inesperada biblioteca. El libro se ríe de mí. Se esconde, alcanzo a verlo, vuelve a escabullirse. Está jugando conmigo el hijo de puta.

Lo que te pide Laura se llama *wireframe*, me dice Agustín. Ordenemos los archivos por fecha. Dejemos afuera las imágenes, que vayan todas juntas en una carpeta. Los animales se dividen en. Embalsamados. Amaestrados. Innumerables. No, Agustín. Las fotos, con el arte. El texto, aparte; aún está escribiéndose. El texto en pdf, dice Agustín. Mejor en Word, respondo. La Segunda Guerra Mundial aún no ha terminado, Agustín, los soldados son niños tan frágiles. América es un continente desesperado y luminoso. ¿Podremos contarlo? ¿Podrás dibujarlo?

Laura espera que nos pongamos de acuerdo. Para no mandar todo al carajo, le ruego que mientras tanto diseñe la tapa. Abro el celular y allí está. *Las palabras y los días*. ENTRAR. La pequeña nuez en la pantalla, no hay vuelta atrás.

ALUMBRAMIENTO

Bajo un polvillo conocido se asoma el conejo: me guiña un ojo y me llama a su túnel. Entonces cae la piel y la placenta, escribo Cristian y conozco el mundo.

Claudia Bernazza
EL POLVO DE LAS TIZAS

Mis hijos escapan de sus enemigos. A punto de ser alcanzados por una bala, un compañero los salva. Un avión los ha depositado en una isla, sin víveres ni vituallas. Sin la hamaca ni el perro que les compré

cuando se escondían entre mis piernas. Sin las velas que encendimos cada noche sin luz.

Me alejo de sus combates fosforescentes. Escribo en los márgenes de ese mundo, en las catacumbas que apenas visitan. Camino miles de kilómetros cada día a través de una selva de *tuits* y posteos. Recorro mares de videos y cloacas de comentarios. Llego a mi guarida. Taramudeo este libro. La luz ilumina los pliegues de una frazada desordenada. Envuelta en ese holograma, espero la voz de mamá. El oleaje se escucha cada vez más fuerte, el agua chocando contra la madera, inclinando esta nuez.

BOTELLA NOCTURNA AL MAR

Los que deambulamos por las ruinas ya nos conocemos, solemos encontrarnos en nuestras recorridas. La Agencia nos abre las pantallas desgadamente.

Cuando programamos nuestros hologramas para vivenciar un viaje, sabemos que alguno estará dando vueltas por los mismos lugares.

Claudia Bernazza

LAS PALABRAS Y LOS DÍAS

Cómo lograr que ustedes elijan, entre millones de bits, esta historia. Esa fue la última cuestión a resolver. Sin mercadotecnia ni librerías, sin editoriales peleándose por publicarlo, sin papel ni tinta ni solapas, escribir el mensaje e inventar la botella.

La informática no me la hizo fácil. Se notan las idas y venidas, la mutua sospecha. Con Laura, tejimos la red, nudo por nudo. Cuando la trama alcanzó una resistencia aceptable, dimos por finalizada la tarea. El libro responde a una maniobra familiar: hacer *doble click*. Quien traspasa esas entradas, queda atrapado entre manteles y viejas fotografías. En los muros de las habitaciones, como en las paredes de la Alhambra,

podemos leer el relato de otras vidas. En ese instante de lectura, en esa exacta oscuridad, estamos juntos. Los insomnios nos pertenecen.

Hospedarse aquí no cuesta un peso, este es un libro perdedor. Lo he intentado alguna vez, pero no hubo caso: no sé vender libros. Cuando colgué en la web mis apuntes sobre planes y estados, dejé atrás imprentas y presupuestos. Hace años que escribo en pantallas. Algún día, olvidaré las curvas de mi letra manuscrita, últimamente apenas firmo. Entonces, vuelvo al punto: ¿cómo explicar que ESTO ES UN LIBRO? ¿Cómo invitarlos a leer su primera página, sus prólogos, sus capítulos? No tengo idea, pero ustedes me quieren, jamás me abandonarían.

CELEBRACIONES

Cuando diga *Río*, me acompañarán Sandra y Gabriela. Leeremos juntas los cuadernos sobrevivientes.

Cuando diga *Conurbano*, se presentarán las calles, los cables cruzando el cielo, las casas abigarradas. Tomaremos cerveza, cantaremos la marcha en los funerales. Vendrá mi tribu, por fin, la elegida.

Cuando diga *América*, vendrá Quique. Regresaremos a la camioneta, a las pirámides y la selva. Dormiremos otra vez incómodos en los asientos para preguntar lo extranjero, la masacre. Desvestidos de todo castellano, viajaremos descuidadamente al borde del precipicio. Los demás pasajeros se bajarán antes del vértigo, regresarán a Buenos Aires.

Cuando diga *Este*, vendrá mamá. Lena, Julia y Yeñik cantarán con nosotras la belleza de Volinia.

Cuando diga *Mañana*, me acompañará la generación que ya alcanza, con la yema de sus dedos, el tiempo de los hologramas.

Después, si llegaron hasta aquí, les contaré los libros que leí, nuestra inmensa pequeñez, las injusticias. Regresaremos a Finisterre, junto al fuego de ropas y cayados, para anunciar lo que hay detrás del pez. Alrededor de la fogata, habitaremos la tierra sin mal, un siglo o un instante.

Solos en este planeta minúsculo, celebraremos el naufragio y la marea, las palabras y los días.

City Bell, 26 de octubre de 2019

Se van.

La poesía
toda
es un viaje a lo desconocido.

La poesía
es como la extracción del radio:
un año de trabajo
para sacar un gramo.

Sacar una sola palabra
entre miles de toneladas
de materia prima verbal.

Esas palabras
mueven
millares de años,
millares de corazones.

Vladimir Mayakovski

CONVERSACIÓN CON EL INSPECTOR FISCAL SOBRE POESÍA



Lo logramos, Flora.

Claudia Bernazza nos invita a visitar un planeta imaginario con cuatro continentes: *Llanura y Río; Montaña y Mar; Este; Mañana*. En cada uno de ellos, se exponen paisajes y memorias.

Este libro recorre geografías y hechos sucedidos en la ciudad de La Plata, en el conurbano bonaerense y en un extenso viaje por el continente americano. El libro visita también una historia familiar que se reconstruye en una aldea ucraniana.

El fusilado que vive, Lena junto a una silla vacía, Vírgenes y Cerbatanas y Las palabras y los días son los cuentos que estructuran este universo. El reencuentro de dos hermanas separadas por la guerra, después de 77 años, y los días que se animaron a vivir para cicatrizar viejas heridas, marcan el final de este viaje.

Como epílogo de este recorrido, la autora nos presenta el *Diario de un libro web*, en el que relata su búsqueda de un formato de "pantallas" que se adapte a las nuevas formas de leer. El libro fue pensado originalmente para la web y se puede navegar ingresando a:

<http://claudiabernazza.com.ar/laspalabraylosdias/index.html>

Claudia Bernazza es platense. Ingeniera agrónoma y docente, investigadora y escritora, se ha especializado en temas de Planificación y Administración Pública. Ha publicado libros y artículos de su especialidad. Entre sus trabajos literarios, se destaca la novela *Crónicas de la Ciudad Perfecta* (Ed. Al Margen, 1997) y el libro de cuentos infantiles *Permiso para Volar en Tren* (Ed. Corregidor, 2001). En diciembre de 2019, publicó *Las palabras y los días* como libro multiplataforma (Prueba de Galera Editoras).

